



BOISILLIBROS
EASA

TERROR



James More

EL NECRONOMICON

50 Ptas.



TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© JAMES MORE

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-03725-3

Depósito legal: M. 36.526 - 1982

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

EL NECRONOMICON

James More

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

J

SAAC Klein estaba muy satisfecho de su negocio.

Siempre le había ido bien. Era un negocio que, a pesar de las falsas apariencias podía hacer rico a cualquier persona con dos dedos de frente y el suficiente sentido común para saber llevarlo adelante. Casi estas mismas palabras le había dicho su padre hacía muchos años en Israel, antes de emigrar hacia el Oeste. Aunque tenía la nacionalidad norteamericana, Isaac era judío de nacimiento y espíritu, y estaba orgulloso de ello.

Tenía una pequeña tienda de antigüedades en la calle cincuenta y siete, en el bajo Manhattan, a dos manzanas de la zona portuaria. Sobre la puerta vidriera que daba a la calle, un letrero de hojalata oxidada recortada en forma de pergamino antiguo rezaba en caracteres semigóticos:

«ANTICUARIO»

La tienda propiamente dicha era una diminuta habitación con un par de estantes atestados de trastos viejos y algunos libros antiguos de muy escaso valor. Al fondo de la reducida estancia, un mostrador de caoba carcomida, limitaba la zona reservada a los clientes. Detrás del mostrador, una cortina raída de color muy indefinido daba paso a la trastienda, un cubículo de dimensiones semejantes a la anterior donde, sin embargo, la densidad de mercancías alcanzaba unas cotas insospechadas.

El papel marrón que tapaba las paredes húmedas de yeso quedaba visible tan solo en algún rincón oscuro. La mayor parte de ellas quedaba oculta por estantes metálicos cuyos paneles se abombaban bajo el peso de gruesos volúmenes encuadernados en cuero, grandes paquetes de periódicos y revistas de hojas amarillentas, carpetas repletas de partituras, e incluso libros de registro que se habían salvado de las llamas devoradoras de algún incendio.

En el centro de la estancia ocupaba un lugar estelar una mesa redonda con faldones de gruesa tela que llegaban hasta el suelo, tapando el brasero de cobre que intentaba acabar con la humedad y el frío, sin ninguna esperanza de conseguirlo.

Alrededor de la mesa se desplegaba un caos de la más abigarrada y variopinta naturaleza. Allí había de todo: sillas de estilo Luis XV,

teteras de plata, candelabros, espadas, un diván Victoriano de terciopelo granate, sillones tapizados, una armadura de acero, una cómoda de ébano, un armario a juego con la cómoda, un tablero de ajedrez con figuras de marfil, diversos cuadros de todos los tamaños y estilos, estatuillas de metal y porcelana, lámparas de araña colgando del desconchado techo, con los casquetes vacíos...

La iluminación de la estancia, amarillenta y mortecina, la proporcionaba una polvorienta bombilla de bajo voltaje que pendía del centro del techo por un cable ruinoso, con numerosos remiendos y añadidos.

Isaac Klein no necesitaba más luz que esta para escribir en sus libros de cuentas y contar los billetes que iban a parar a sus arcas. Tal vez por este motivo sus ojos eran tan diminutos y carentes de brillo, agazapados tímidamente detrás de los gruesos cristales redondos de sus gafas de oro. Bajo las gafas, una nariz aguileña y puntiaguda denunciaba sin lugar a dudas su procedencia étnica. La punta de la nariz apuntaba hacia abajo, describiendo un arco exagerado, como si intentase alcanzar los labios exangües y delgados que enmarcaban la boca de dentadura irregular y atacada por las caries. Por encima del arrugado conjunto de las facciones del anticuario judío, crecía una espesa mata de cabellos grises, siempre en desorden, surcados por dos amplias entradas a ambos lados de la ancha frente.

Su estatura no excedía el metro sesenta y cinco. No por ello se sentía acomplejado, pues según él, la altura de las personas no se medía en metros, sino en dólares. Y él, desde el día en que llegó a la gran urbe neoyorquina, no había hecho otra cosa que «crecer».

★ ★ ★

Ivan Andreievich era ruso, llegado a los Estados Unidos subrepticamente en busca de trabajo, como tantos otros, atravesando la frontera con México; una vez dentro era sumamente fácil conseguir una identidad falsa, y la obtención de empleo era segura. Pero eran otros tiempos, aquellos. Ahora todo era distinto; el trabajo escaseaba, y había que agarrarse a lo que fuese, pues lo importante era subsistir.

Y Andreievich era un especialista en el difícil arte de subsistir. No tenía trabajo fijo. Las tareas eventuales eran su debilidad; no le gustaba estar sujeto por demasiado tiempo a un mismo sitio, porque decía que corría el peligro de convertirse en un autómatas.

Ahora tenía un contrato temporal como estibador. Como cada día cuando terminaba su horario laboral en los muelles, se introdujo en la primera taberna que encontró, escogiendo siempre una al azar entre las decenas de ellas que había por toda la zona portuaria.

Se sentó en uno de los altos taburetes que se alineaban junto a la

mugrienta barra del local, y pidió una jarra de cerveza.

—¿Qué, Ivan, cómo te ha ido últimamente? —le preguntó el tabernero desde detrás del mostrador, restregándose las manos en un sucio delantal—. Hacía por lo menos una semana que no te veía por aquí.

El ruso vació la jarra de un solo trago e indicó con un gesto que se la volviese a llenar. Tras pasarse el dorso de la mano por los labios, respondió:

—Pues qué quieres que te diga. Lo mismo de siempre; trabajar, trabajar y trabajar. ¡Maldita sea...! ¡Si por lo menos tuviese alguien con quien compartir mis penas, alguien a quién amar...!

—Vamos, vamos, no te pongas nostálgico que no te puedes quejar —dijo el tabernero mientras llenaba de nuevo la jarra—. ¡Cuántos quisieran para ellos el trabajo que tú tienes!

—¡Bah! Me reviento cargando toneladas arriba, toneladas abajo, total para ganar unos dólares que se van en cerveza y en mujeres. ¡Esto es inaguantable!

Sopló con fuerza sobre la cerveza, haciendo saltar en todas direcciones la espuma que sobraba. Luego aplicó los labios al borde de la jarra y dio cuenta del líquido ambarino sin respirar siquiera.

Aún bebió otro par de cervezas antes de irse. Compró una botella de *whisky*, de la que bebió una buena parte antes de metérsela en un sucio bolsillo de la chaqueta. Abonó la consumición y salió a la calle justo cuando empezaba a nevar ligeramente. Eran alrededor de las ocho de la noche, demasiado temprano para irse a casa, y con mayor razón teniendo en cuenta que era sábado y a la mañana siguiente podría dormir hasta cuando se le antojase.

—Aprovecharé para hacer una visita al viejo Isaac —decidió.

Así que encaminó sus pasos hacia la tienda de antigüedades de la calle cincuenta y siete, alzándose el cuello de la chaqueta y encajándose el sombrero hasta las orejas, para protegerse de la nieve y del frío.

Cuando empujó la puerta vidriera del anticuario, un tintineo metálico anunció su llegada, y una vaharada de aire caliente y viciado le salió al encuentro. Una vez dentro, sacudiéndose las ropas y frotándose las manos con fuerza para entrar en calor, gritó:

—¡Soy yo, Isaac, el viejo Ivan!

En la trastienda se oyó el chirrido de una silla al ser arrastrada, e inmediatamente apareció la figura diminuta y encorvada del viejo judío.

—¡Je, je! ¡Ivan, hombre, quién lo diría! ¡Creí que te habrías olvidado de mí, o que te habrías marchado ya a tu querida Rusia!

—Nada de eso, viejo. Lo que pasa es que nunca encuentro un momento para venir a verte. Ya sabes, el trabajo...

—Bieeen, bieeen —dijo el judío, alargando la e del mismo modo

que hacía con su sonrisa, una sonrisa profesional que se había ido gestando a lo largo de muchos años de hipocresía y negocios, a veces, no muy limpios—. Pero pasa, hombre, pasa. No te quedes ahí como un pasmarote —añadió apartando la cortina.

Ambos se introdujeron en la trastienda. El estibador ruso se quedó asombrado, mirando a su alrededor.

—No me lo explico —exclamó—. Este antro tuyo es más pequeño que un puño cerrado y, sin embargo, cada vez que vengo me parece que esté más lleno. ¿Cómo diablos es esto?

—¡Bah, bah! Serán figuraciones tuyas —respondió el anticuario con tono de modestia, pero con sonrisa de satisfacción—. Me parece que el alcohol te hace exagerar un poco. No hace falta que me digas que has estado bebiendo; solo oír las campanillas de la puerta ya he oído a cerveza barata.

—Hablando de alcohol... —introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo la botella de *whisky*—. ¡Vamos a beber, muchacho, como dos viejos camaradas!

—De acuerdo, camarada —respondió el viejo judío—. Pero antes voy a cerrar la tienda, no sea cosa que nos molesten.

De todas formas iba a cerrar ya, porque mañana quiero ir temprano a la sinagoga...

—¡Ah, maldito! ¡Tú siempre tan fiel a tus orígenes! —rio el ruso para luego aliviar a la botella de una parte de su contenido—. Pero date prisa, o de lo contrario el «amigo» ya se habrá ido para cuando vuelvas.

Y justo en ese momento se oyó el tintineo de las campanillas de la puerta, y una ráfaga de viento huracanado penetró en la estancia, levantando papeles en el aire y arrancando la cortina que la separaba de la tienda.

—¡Maldita sea! —exclamó el ruso—. ¿Qué es eso?

—No lo sé. Tú quédate aquí, voy a ver qué pasa...

Cuando Isaac Klein traspasó el umbral, vio al hombre. Se hallaba de pie al otro lado del mostrador. Sus ojos le miraban escondidos detrás de unas gafas oscuras, desde una altura superior a los dos metros. Iba enteramente vestido de negro, lo cual acentuaba más, si cabe, su enorme estatura.

—Buenas noches —saludó el desconocido, con una voz grave y suave.

—Bu... buenas noches. ¿Qué... qué desea?

El visitante depositó encima del mostrador un pesado paquete envuelto en papel marrón.

—Quiero vender este libro.

—Bien. A ver...

Con manos temblorosas e indecisas, el anticuario empezó a desembalar el paquete. Tras apartar el envoltorio a un lado, se quedó

como hipnotizado, mirando fijamente el libro que había ante él.

Estaba encuadernado en piel negra, reforzado en el lomo y los cantos con apliques de un metal amarillo, lo mismo que las letras del título. Klein tenía la suficiente experiencia como para saber a ciencia cierta que era oro del más puro, probablemente de dieciocho o veinte quilates. Y la piel también era auténtica y muy antigua, a pesar de lo cual se conservaba en un buen estado de perfección.

Era evidente que el libro tenía un gran valor, prácticamente incalculable, pero eso tenía sin cuidado al viejo Isaac, aunque pueda parecer una paradoja. Su atención no podía apartarse de las letras áureas que componían el título: «NECRONOMICON».

Se hallaba tan impresionado que había llegado a olvidarse por completo del propietario del libro. Lentamente levantó la cabeza y miró tímidamente al rostro imperturbable del hombre de negro.

—¿Puedo... puedo hojearlo un poco?

—Hágalo —parecía una orden, más que un consentimiento.

El judío levantó la pesada tapa negra y continuó sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Sus conocimientos de griego clásico le permitieron descifrar lo que ponía en la primera página:

«NECRONOMICON»

«Abdul Alhazred»

«Traducción del árabe realizada por el
Ilustre Traductor Theodorus Philetas».

«Año de Gracia de 950»

«Título original: AL AZIF»

ATENAS

Las hojas eran de grueso pergamino, llenas de una caligrafía menuda y cuidada, cuya lectura resultaba relativamente fácil. A medida que las iba pasando, la frente del viejo judío se iba perlado de heladas gotas de sudor. De repente le asaltó una duda.

—Perdone, un momento... —murmuró, y se dirigió con paso nervioso hacia la trastienda. Asomó la cabeza y vio a Andreievich durmiendo acodado sobre la mesa, con la botella vacía al lado.

—No se preocupe por él, no nos molestará —oyó que decía la voz del desconocido a sus espaldas.

Isaac volvió a situarse detrás del mostrador.

—Bien, ¿qué me dice? —le preguntó el hombre de negro.

El judío sabía que un par de ojos se hallaban clavados en él, detrás de los cristales oscuros, más no los veía.

—Yo... No sé... ¿Sabe usted lo que este libro sig...?

—Lo sé.

—Y, sin embargo, desea venderlo.

—Sí. Bueno... Más o menos.

Isaac Klein se frotó las manos nerviosamente. Todos sus poros transpiraban de forma exagerada, y en sus ojos asomaba un brillo febril.

—¿Y... cuánto me pide por él? —inquirió con un hilo de voz.

El gigantesco individuo extrajo del bolsillo del abrigo una mano enguantada y apuntó al viejo judío.

—Solo le pido su voluntad —dijo sin apenas mover los labios.

Isaac estaba temblando, y la palidez de su rostro era mortal.

—Usted es... es uno de «ellos», ¿verdad?

Por primera vez, en los labios del desconocido apareció lo que intentaba ser una sonrisa de condescendencia.

—Digamos que soy uno de sus aliados —respondió.

El judío dirigió su mirada al valiosísimo volumen que había sobre el mostrador y pasó sus dedos por encima de la piel de la tapa. Luego volvió a mirar a su interlocutor.

—De acuerdo —dijo.

—Está bien. A partir de este momento usted hará todo lo que yo le ordene. ¿Ha entendido bien? Todo.

Isaac asintió con un movimiento de cabeza y repitió:

—Todo.

★ ★ ★

Eran las tres y media de la madrugada y continuaba nevando sobre Manhattan. La temperatura había descendido hasta doce grados bajo cero, y el frío convertía en hielo la nieve que ya empezaba a cuajar sobre las aceras y los tejados.

En la calle cincuenta y siete, la tienda de antigüedades de Isaac Klein ofrecía una aparente inactividad. Aunque era solo eso; aparente. Detrás de las vidrieras que daban al exterior se estaba desarrollando una extraña escena.

En la trastienda un hombre yacía de bruces en el suelo, atado y amordazado, aunque sin darse cuenta de nada por hallarse sumido en la inconsciencia. Afuera, en la tienda, una sombra se movía de un lado para otro rociándolo todo con el contenido de una lata que tenía entre las manos. Cuando todo estuvo bien empapado, tiró la lata a un lado y destapó otra que había sobre el mostrador. Pasó a la trastienda y procedió a realizar la misma operación que en la habitación contigua. Nada escapó de ser bañado con el líquido de la lata; muebles, libros, carpetas, paredes, suelo... todo.

Luego la silueta negra se detuvo junto al hombre que yacía en el suelo. Lo miró durante unos instantes, como dudando.

—He de hacerlo —se dijo a sí mismo—. Me disgusta tener que

hacer esto, pero es demasiado lo que está en juego.

Y vació el contenido de la lata sobre el hombre inconsciente y atado. Cuando el frío líquido cayó sobre su cara, se estremeció violentamente y empezó a recobrar los sentidos. Lo primero que notó fue un fuerte olor a gasolina y una fría humedad por todo el cuerpo. Intentó abrir los ojos, pero enseguida notó un terrible escozor que le obligó a mantenerlos cerrados.

Comenzó a debatirse, pero lo único que consiguió fue que las cuerdas le mordiesen la carne y se apretasen aún más alrededor de sus miembros. Intentó gritar, pero la férrea mordaza se lo impidió.

La silueta se hallaba de pie junto a él. Permaneció así, observándole, durante unos minutos, con un asomo de compasión en su mirada. Sin embargo, de pronto sus ojos se endurecieron y se puso en movimiento.

—Acabemos de una vez con esta función —murmuró con resolución.

Se dirigió hacia la mesa que ocupaba el centro de la trastienda. Encima de la tabla había una botella de vidrio donde todavía quedaba medio dedo de *whisky*. La sacudió, arrojando el líquido al suelo. Acto seguido extrajo de su bolsillo dos sobres de plástico que contenían arena y azufre respectivamente. Vacío ambos en el interior de la botella y terminó de llenarla con vodka. A continuación la precintó con un tapón de corcho agujereado del que sobresalían un par de palmos de mecha lenta.

Dirigió una última mirada al cuerpo del hombre que yacía en el suelo debatiéndose violentamente para librarse de sus ligaduras, sin conseguir otra cosa que aumentar su dolor.

Abrió el cajón de la mesa y buscó una caja de cerillas. Encendiendo un fósforo, prendió el fuego en la mecha, que empezó a consumirse lentamente.

La negra sombra echó a correr hacia la calle. El hombre que yacía en el suelo, al oír los pasos precipitados del otro, entreabrió los ojos ligeramente y captó la dramática escena. No tuvo que esforzarse demasiado para adivinar que le faltaba bien poco para morir abrasado.

Mientras se debatía con furia en un último intento por escapar a la horrible muerte que le aguardaba, el otro hombre cerró de golpe la puerta de la tienda y dio dos vueltas de llave en la cerradura, lanzándose calle arriba en loca carrera. Cuando llegó a la primera esquina se detuvo un momento y miró la tienda de antigüedades por última vez. Luego desapareció en medio de la nevada que caía sobre la noche neoyorquina.

El hombre que había quedado en la trastienda tenía las facciones desencajadas por el terror, y parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas. Comprendiendo la precaria situación en que se hallaba, el pánico se había apoderado de él. Intentaba desasirse a toda costa, aún a

riesgo de cortarse las muñecas con la cuerda, que sangraban ya copiosamente.

«¡Dios mío, Dios mío! —pensaba—. ¿Qué es lo que ha hecho ese loco? ¿Por qué...?»

Pero ya no le dio tiempo de pensar nada más. El fuego de la mecha había llegado ya al tapón y penetrado en el interior de la botella. El coctel «molotov» hizo explosión, y en una décima de segundo, todo fue invadido por una única y gigantesca llamarada.

El fuego lo devoró todo con sus centenares de lenguas ígneas, y se cebó especialmente en el cuerpo del desdichado que durante unos segundos rodó por el suelo convertido en una auténtica antorcha viviente.

Al fin se quedó quieto, encogido y ennegrecido como un pedazo de carbón.

El pobre Ivan Andreievich jamás regresaría a su amada Rusia.

★ ★ ★

Una pequeña multitud se había reunido delante del lugar del siniestro. Eran casi las cuatro de la madrugada y la nieve continuaba descolgándose del cielo en grandes copos que se posaban silenciosamente en el suelo.

El fuego, que se había iniciado en la tienda de antigüedades de la planta baja, había subido a los pisos superiores, a los que se accedía por una estrecha puerta situada junto al escaparate del local del anticuario, apoderándose de todo el edificio.

Sin embargo, no se habían producido más víctimas, pues al producirse la alarma todos los moradores de la casa habían tenido tiempo de huir por la escalerilla de incendios, que cruzaba la fachada en zigzag.

La oscura calle cincuenta y siete ofrecía un extraño aspecto, iluminada por las luces giratorias de los camiones de bomberos y de los coches celulares.

Las últimas llamas eran sofocadas ya bajo los gruesos chorros de espuma arrojados por las mangueras de los bomberos.

Delante de la casa siniestrada, de pie en la acera de enfrente, dos hombres de paisano se hallaban conversando. Un sargento de policía se les acercó y, tras mirarlos alternativamente, preguntó:

—¿El inspector Lippman...?

—Yo soy —respondió el más alto de los dos, un hombre de mediana edad que mediría alrededor de los siete pies de altura.

—El capitán de los bomberos acaba de comunicarme que el fuego está controlado, inspector. Ahora es usted quien debe dirigir las operaciones.

—Bien.

El inspector Lippman se dirigió hacia el centro de la calle, donde estaba el capitán de los bomberos.

—¿Capitán?

—Sí, señor.

—Ordene a sus hombres que procedan a registrar todo el edificio para ver si ha habido alguna víctima —dijo, al tiempo que enseñaba sus credenciales.

Un grupo de cinco hombres, equipados con trajes de amianto y extintores, penetraron en el edificio. Transcurridos unos minutos, empezaron a salir los que habían revisado los pisos superiores, comunicando que no se habían producido pérdidas personales. El último en salir fue el que registró la tienda de antigüedades, o lo que quedaba de ella. Llevaba consigo un saco de plástico negro. Se dirigió hacia su superior y tras saludar le comunicó el resultado de su inspección.

—He encontrado esto en la trastienda, capitán —dijo alargando el saco, cuyo contenido no pesaría más de dos o tres libras—. Son los restos carbonizados de una persona. Parece ser que el fuego fue provocado; yo diría que con gasolina, señor.

El inspector Lippman se separó de los dos hombres y se dirigió hacia el coche patrulla que tenía más cerca. Tomó el micrófono de la radio y accionó el interruptor.

—Aquí la Central de Policía de la ciudad de Nueva York —tronó una voz en la radio—. Dígame, patrullero 125.

—Soy el inspector Lippman, de Homicidios. Envíen un equipo de técnicos a Manhattan, calle cincuenta y siete, número ciento setenta y nueve.

—Comprendido, inspector. Ahora mismo salen para ahí. Corto y cierro.

Lippman devolvió el micrófono a su horquilla y salió del coche, yendo en busca del sargento de policía.

—Oiga, sargento, desearía hablar con alguno de los inquilinos de la casa.

—Sígame, por favor —respondió el oficial uniformado, echando a andar hacia un grupo de gente que había en la acera de enfrente del inmueble siniestrado.

Ofrecían un aspecto deplorable, vestidos a medias o simplemente tal como les había sorprendido el incendio, con ropas de dormir y los cabellos revueltos. Todos parecían bastante desesperados; los niños y algunas mujeres lloriqueaban su desgracia, mientras que los hombres discutían acaloradamente entre sí.

El inspector se acercó a una mujer de unos cuarenta años que aparecía relativamente serena, aunque tiritaba dentro de la bata

acolchada, que era toda la ropa que llevaba encima de la delgada camisa de dormir.

—Buenas noches, señora. Soy el inspector Lippman, de Homicidios —se presentó.

—Buenas noches, inspector. Yo me llamo Nelson. Mary Nelson —y le tendió una mano—. ¿Ha dicho usted... Homicidios?

—En efecto, señora Nelson. Verá, al producirse una explosión siempre acude alguien de Homicidios por sí, en vez de un accidente, se tratase de un atentado criminal.

La señora Nelson movió la cabeza en gesto de asentimiento.

—Comprendo... ¿Y han averiguado ya de qué se trata?

—No, es todavía muy pronto para saber nada. Dentro de poco llegará un equipo de técnicos. Ellos son los encargados de determinar las causas.

—Bien. ¿Desea usted algo de mí, inspector?

—Verá, quisiera hacerle algunas preguntas.

—Todas las que quiera.

—Veamos —el inspector extrajo del bolsillo interior de su gabardina una agenda negra y un bolígrafo—. Usted vivía en la casa, ¿no es así?

—Salta a la vista.

Lippman abrió la agenda, buscó una página en blanco y pulsó el botón del bolígrafo.

—A ver... ¿Sabe de quién es la tienda de antigüedades que hay en la planta baja?

—El dueño es un viejo judío, llamado Isaac Klein. Según tengo entendido no tiene ningún pariente en los Estados Unidos. Eso es todo lo que sé de él. El señor Ashton podrá darle más datos sobre él. Es el dueño del edificio, ¿sabe?

—¿Está por aquí?

—Sí, vive en el primer piso del edificio. Nosotros vivimos en el segundo. Mírelo, ahí viene.

Un hombre se acercaba a ellos.

—Hola, señora Nelson. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, gracias —la mujer señaló al policía—. Este es el inspector... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Inspector Lippman, de Homicidios. Precisamente hablábamos de usted en este momento. La señora Nelson me ha dicho que usted conoce al dueño de la tienda de antigüedades —miró a su alrededor—. Por cierto, ¿no está aquí?

—Oh, no creo, inspector —respondió el dueño del inmueble—. Vive en una pensión, a un par de calles de aquí. La planta baja solo consta de dos habitaciones; la tienda y la trastienda.

Lippman le hizo diversas preguntas sobre el anticuario, e iba

anotando en su agenda los datos que recibía. Pronto se dio cuenta de que míster Ashton era muy propenso a hablar.

—... y, según tengo entendido, su especialidad eran los libros extraños, ya sabe, libros antiguos de ocultismo y esas cosas. Pero aquí, en la tienda, solo guardaba cosas de escaso valor. Posee algunos ejemplares valiosísimos, pero los tiene en la caja de seguridad de un banco.

Por fin dio por concluida su exhaustiva información acerca del anticuario.

—Bien, muchas gracias, señor Ashton. Y a usted también, señora Nelson. Si necesito algo más de ustedes, ya les llamaré.

—Ya sabe dónde encontrarnos, inspector.

En ese mismo instante llegaron un par de coches de policía, de los que se apearon varios hombres provistos de maletines y aparatos. Uno de ellos se dirigió hacia donde estaba Lippman.

—Buenas noches, inspector —saludó.

—Buenas noches. Pueden empezar ya su tarea. Limítense, de momento, a la planta baja del edificio. Infórmenme de cualquier descubrimiento que efectúen.

—De acuerdo —asintió el hombre y, uniéndose a los demás expertos, se introdujo en la tienda de antigüedades.

Más de dos horas permanecieron los técnicos de la policía en el interior de la tienda. Exploraron el local centímetro a centímetro. Ni una sola voluta de ceniza escapó a su minucioso examen.

Mientras tanto, el inspector Lippman se había refugiado en el cálido interior de un coche patrulla, para protegerse de la nevada que continuaba cayendo pertinaz. Para matar el aburrimiento, se dedicó a escuchar por la radio los mensajes que se cruzaban entre la Central de Policía y el ejército de coches que patrullaban por toda la gran urbe neoyorquina.

Serían las seis y cuarto cuando los técnicos dieron por concluido su trabajo. El mismo hombre que había hablado antes con Lippman se le acercó ahora de nuevo.

—Nosotros ya hemos terminado, inspector —le comunicó, sin poder disimular su cansancio—. Mañana por... Mejor dicho, dentro de unas horas le mandaré un informe completo con los resultados que hemos obtenido. Sin embargo, puedo adelantarle alguna cosa. El incendio fue provocado, y lo que es más, fue ejecutado a conciencia. Quien quiera que sea el que lo hizo se aseguró de que no iba a fallar, y los resultados así lo proclaman.

—Así que fue intencionado —murmuró Lippman frunciendo el ceño.

—Sin ningún género de dudas, señor. Todo el inmueble fue rociado con gasolina... Incluso hemos hallado las latas que se utilizaron.

Luego, un coctel «Molotov» de explosión retardada, se ocupó del resto.

—Está bien. Pueden irse ya. ¡Ah, y hágame llegar su informe cuanto antes!

Lippman estaba de mal humor. Mientras un agente le acompañaba en coche hacia la comisaría, iba sumido en sus meditaciones. Primero estaba lo de los restos carbonizados de un cuerpo humano. Luego lo de la minuciosidad con que había sido ejecutado el atentado. Evidentemente, no se trataba de un crimen normal y corriente. Algo oscuro se escondía detrás de todo esto. El instinto profesional del inspector Lippman no solía fallarle demasiado a menudo, y algo en su interior le decía que se acababa de estrenar un caso especialmente complejo.

Su instinto tampoco le falló esta vez.

Capítulo 2

M

IENTRAS tanto, a unos cientos de millas de allí, un lujoso «sedán» negro rodaba por la autopista, atravesando a una velocidad vertiginosa el pequeño estado de Rhode Island.

En su interior, dos personajes diametralmente distintos guardaban un embarazoso silencio. El que conducía, mantenía la vista fija en el asfalto, y sus manos enguantadas, aferradas al volante. Su compañero de viaje, sentado al lado del conductor, miraba nerviosamente hacia todos lados, y de vez en cuando se atrevía a mirar de reojo al enigmático hombre que le había metido en aquel lío.

Sí, aquello era un lío, un tremendo lío. E Isaac Klein empezaba ya a arrepentirse de haberse metido en él.

Como si le hubiese adivinado el pensamiento, el otro entreabrió los labios y rompió el pesado silencio.

—Ahora ya es demasiado tarde, Isaac. La decisión la ha tomado ya, y por su propia seguridad será mejor que siga hasta las últimas consecuencias.

El judío dio un respingo.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó asombrado. Viendo que el otro no pensaba revelar este pormenor, habló de nuevo—. Por cierto, todavía no sé cómo se llama usted.

—Puede llamarme Malcolm —respondió el conductor sin apartar la vista de la carretera—. Por el momento, se está usted portando bien, así que no vaya a estropearlo todo echándose atrás o haciendo preguntas indiscretas. ¿De acuerdo?

—De... de acuerdo —si lo que pretendía era intimidarle, lo había conseguido plenamente.

Malcolm sonrió y continuó hablando.

—A estas horas, la policía debe creer que usted ya no existe en este mundo, lo cual nos ayudará mucho para llevar adelante el plan para el que ha sido elegido.

Una duda asaltó a Klein.

—Y si me hubiese negado a hacer tratos con usted, ¿qué hubiese pasado? —preguntó.

—Pues que la policía tendría razón.

Hasta entonces, el viejo judío solo había albergado, vagas sospechas. Pero a partir de ahora tenía la certeza de que se había metido en algo

feo, muy feo. ¿A dónde le llevaría ahora aquel hombre tan misterioso? se preguntaba. Una vez más, encontró contestada su pregunta sin tener que formularla en voz alta.

—Nos dirigimos a Providence. Supongo que se habrá dado cuenta ya de que hemos dejado atrás Connecticut y que ahora estamos atravesando Rhode Island.

Klein asintió con la cabeza. Al otro lado de las ventanillas desfilaban las tierras yermas y llanas que caracterizan la región de Nueva Inglaterra.

—¿Le dice algo el nombre de Howard Phillips Lovecraft? —preguntó Malcolm de repente.

La pregunta sorprendió al judío. ¿A qué venía ahora esto?

—Sí, pero apenas he leído nada suyo.

—¿Qué es lo que sabe de él?

—Pues... Que fue un escritor solitario y amargado que se dedicó a escribir cuentos de terror. Posiblemente era esquizofrénico. De ahí el barroquismo y oscurantismo de sus relatos...

—En efecto, fue un solitario como los grandes hombres, y un amargado, como los auténticos sabios. Pero se equivoca en todo lo demás. No solamente no estaba loco, sino que fue uno de los hombres más lúcidos que han pisado este mundo.

Isaac Klein meditó unos minutos sobre las palabras que acababa de pronunciar su interlocutor.

—Le creo —dijo al cabo—. Después de ver el «Necronomicón» con mis propios ojos, estoy dispuesto a creer lo que sea.

Entre ambos hombres se interpuso de nuevo el silencio. Al poco rato avistaron las primeras casas de Providence. Malcolm, en lugar de introducirse en la ciudad, continuó por la autopista, que la circundaba y seguía su camino hacia el Norte, en dirección a Boston. Al judío le sorprendió un tanto este hecho, pero no dijo nada.

Cuando llegaron al otro extremo de la capital del Estado de Rhode Island, el lujoso automóvil tomó un desvío a la derecha, para introducirse luego en una carretera secundaria, que atravesaba una zona de bellos edificios coloniales. Rebasadas las últimas casas, Malcolm detuvo el vehículo junto a una pared de piedra, detrás de la cual se elevaban las copas alargadas y enjutas de los cipreses.

—Ya hemos llegado —dijo, quitando la llave del contacto—. Baje.

El judío obedeció la orden. Un aire gélido le aguardaba fuera del interior caldeado del «sedán» negro. Pero no fue causado por el ambiente el escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral, hasta introducirse en el cerebro.

Sus ojos, como hipnotizados, se mantenían fijos en el letrero que había encima de la portalada de hierro, en el cual podían leerse las siguientes palabras:

CEMENTERIO DE SWAN POINT

Cuando quiso darse cuenta, Malcolm se encontraba a su lado, con sus dos metros largos de estatura, con sus gafas oscuras, impenetrables, con su pétreo estoicismo. Klein se preguntó si sería de este mundo, y su mente rememoró involuntariamente aquella famosa frase de Eluard que dice: «Hay otros mundos, pero están en este».

—En efecto, Eluard tenía razón. Él también fue uno de los pocos privilegiados que entrevieron la verdad, lo mismo que «el solitario de Providence»¹.

Si alguna duda le quedaba al asustado judío, esta dio paso a una certeza absoluta: Malcolm era un auténtico telepata.

—Vamos, no perdamos más tiempo —dijo el sorprendente hombre de negro, cruzando el umbral del camposanto.

El judío estaba muerto de miedo, y su corazón latía a gran velocidad. A medida que caminaba por la avenida de grava del cementerio de Swan Point, precedido por el enigmático y desconcertante Malcolm, se fijó en que los árboles eran irrealmente grandes y nudosos, como si sorbiesen alguna extraña vitalidad de las entrañas de la tierra.

Caminaron hasta el extremo más alejado del cementerio. Cuando llegaron a una tumba que, aparentemente, en nada se diferenciaba de las demás, Malcolm se detuvo y ordenó a Klein que hiciese lo propio. En la lápida de granito, el judío pudo leer bajo una luna globulosa unas letras grabadas al cincel:

HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT

20 agosto 1890 — 17 febrero 1937

Malcolm introdujo una mano en uno de los bolsillos y extrajo una cajita de acero, del tamaño aproximado de una caja de cerillas, de la que sobresalía un botón rojo. Cuando lo pulsó, Klein pudo ver con sus ojos asombrados cómo la lápida se izaba un par de pulgadas y, a continuación, se deslizaba silenciosamente hacia un lado, dejando al descubierto una abertura rectangular de la que arrancaban unas escaleras de cemento que se hundían en las profundidades de la tierra.

—Baje —ordenó Malcolm, y el amedrentado judío tuvo la misma sensación que si le hubiesen asestado un puñetazo en la cara.

Se volvió ligeramente y preguntó con un hilo de voz:

—¿Y si nos ve alguien?

—Nadie nos verá —respondió el inquietante sujeto con absoluta convicción.

Isaac Klein no tenía opción. Se introdujo en el negro agujero y

empezó a bajar las escaleras, palpando la pared y tanteando el borde de cada escalón con el pie. Oyó los pasos de Malcolm a su espalda, y un ligero roce seguido de un chasquido al quedar encajada de nuevo la pesada lápida.

—¡Alto! —exclamó Malcolm.

El viejo judío se detuvo. El otro encendió una pequeña linterna de bolsillo y barrió la pared con el delgado cono de luz, hasta encontrar un interruptor que accionó sin pérdida de tiempo. En el acto se hizo una lechosa iluminación que provenía de unos plafones del techo, separados por tramos de tres metros. Ambos hombres terminaron de bajar la escalera. Si lo que Klein esperaba era encontrarse en una lúgubre cripta de piedra, rezumando humedad por todas partes y hedor a muerto, sin duda la sorpresa que se llevó fue enorme. Delante suyo solo había un largo pasillo brillantemente iluminado, a ambos lados del cual podían contarse hasta cuatro puertas, dos a cada lado. Las puertas eran de durísimo acero, y su superficie era completamente lisa.

—Venga —dijo Malcolm echando a andar.

Klein le siguió hasta que se detuvo junto a la primera puerta a la derecha. Malcolm se desenguantó una mano y la colocó sobre un rectángulo de plástico oscuro que había al lado de la puerta, a unos seis pies del suelo. Efectuó una ligera presión sobre el plástico y se produjo un intenso fogonazo, semejante al que produce un «flash» fotográfico. A continuación, la puerta se abrió en dos batientes, produciendo un roce casi inaudible.

—Aquí es donde se alojará a partir de ahora —le comunicó al judío, cuyo miedo había dejado paso al asombro—. Ya ha visto cómo se abre.

Este pudo entrever, antes de que la puerta volviese a cerrarse, lo que se le antojó como un amplio y lujoso apartamento.

Malcolm le dijo que las otras tres puertas correspondían a un apartamento gemelo al que había visto, una enorme biblioteca y un recinto auxiliar respectivamente. Luego le condujo pasillo adelante. Este giraba en ángulo recto hacia la derecha, y tras un corto tramo de unos diez metros, finalizaba en una última puerta idéntica a las demás.

Malcolm la abrió mediante el sofisticado sistema de identificación. Klein creía que ya había llegado al límite de su capacidad de asombrarse, pero una vez en el interior se dio cuenta de cuán equivocado estaba.

Se trataba de una enorme sala de unos cien metros cuadrados, dedicada íntegramente a un gigantesco ordenador que ocultaba las cuatro paredes casi hasta el techo. En el centro, una consola de mandos giratoria presidía el inmenso complejo cibernético.

—Este ordenador —explicó Malcolm con gran satisfacción es uno de los más perfeccionados que existen actualmente en el mundo. Desde aquí se dirigen las operaciones que efectuamos en todo el planeta. En

los cinco continentes existen lo que podríamos llamar «sucursales» de la causa, que están en contacto directo con esta terminal, por teleproceso.

«Y es desde aquí desde donde se dirigen las operaciones que culminarán en su ya cercano regreso a la Tierra».

Isaac Klein creyó que iba a perder el juicio.

Capítulo 3

C

UANDO el inspector Lippman llegó al lugar donde se había provocado el incendio, una multitud de curiosos eran retenidos a duras penas por el cinturón policial que se había formado alrededor de un edificio de apartamentos de la Séptima Avenida.

Un teniente de policía se le acercó.

—Hola, inspector —dijo—. Le estábamos esperando.

—¿Y bien? —preguntó Lippman enarcando las cejas. Hacía unos minutos había recibido una llamada telefónica diciéndole que se dirigiese allí tan pronto como le fuera posible, pero todavía no sabía de qué se trataba ni por qué le habían llamado.

—Verá —explicó el teniente—, le hemos llamado porque esto le corresponde a usted.

—¿Ah, sí...?

—Sí. Usted lleva el caso de aquella tienda de antigüedades que se quemó la semana pasado en la calle cincuenta y siete, ¿no?

—En efecto.

—Pues, aunque todavía es demasiado pronto para sacar conclusiones, existen un noventa por ciento de posibilidades de que el que ha hecho esto sea el mismo que el que usted anda buscando.

Lippman ya se temía algo por el estilo; es más, esperaba que el caso continuara. Aunque no por ello dejó de sorprenderse.

—¿Y en qué se basa usted para afirmar tal cosa? —preguntó el teniente.

—Sencillamente en que el apartamento en que se ha iniciado el incendio, que por suerte ha sido ya sofocado, en el piso catorce, fue rociado primero con gasolina, y luego se produjo la explosión, probablemente provocada por una bomba de fabricación casera.

—Sí, a primera vista parece ser obra de la misma mano criminal —asintió Lippman—. ¿Y ha habido alguna víctima?

—Siete —respondió lacónicamente el teniente de policía—. Ya he efectuado las primeras pesquisas. El apartamento lo tenían alquilado unos muchachos jóvenes, la mayoría de los cuales eran estudiantes de Psicología. El local estaba dedicado a la redacción de una revista de literatura fantástica que editaban ellos mismos.

El rostro del inspector delataba su desconcierto.

—Primero una tienda de antigüedades... Ahora la redacción de una

revista de aficionados... con ellos dentro. Mucho me temo que esto no hará más que embrollar el caso, sin ayudarnos en absoluto a esclarecerlo.

Un hombre de paisano se acercó a los dos policías. Se trataba de un inspector de Homicidios llamado Harris, viejo amigo de Lippman.

—Hola, Geoffrey —saludó, llamándole por el nombre de pila—. Me alegro de que hayas podido venir tan pronto. Mandé que te avisaran en cuanto se establecieron las causas. Esto es obra de tu hombre, ¿verdad?

—Eso parece.

—¡Ah, y gracias por ahorrarme trabajo! Ya tengo bastante como para tener que cargar con un nuevo caso.

—De nada, hombre, de nada. Para eso estamos los amigos, ¿no? —dijo Lippman con ironía.

—Mira, me han dicho los bomberos que ya podemos subir allá arriba cuando queramos.

—Vamos.

Los dos inspectores, seguidos por el teniente y unos cuantos agentes, se introdujeron en el edificio y subieron en ascensor hasta la planta catorce. El fuego había causado estragos, pero había podido ser dominado a tiempo antes de que se produjese una catástrofe mucho mayor.

No obstante, el local siniestrado, junto con todo lo que había en su interior, se hallaba en un deplorable estado de deterioro. Había allí un par de fotocopadoras, varias máquinas de escribir, dos aparatos de teléfono... Podían verse también dos enormes archivos. Todos sus cajones se hallaban abiertos y vacíos. En el suelo, junto a ellos, un montón de ceniza era todo lo que quedaba de los documentos que habían contenido, que debieron ser concienzudamente destruidos antes de provocar el incendio general.

—Los pobres muchachos que había aquí fueron salvajemente asesinados —dijo Harris—. Antes de pegar fuego a todo esto, el criminal que lo hizo los mató a balazos; luego los roció con gasolina, como todo lo demás. Quiso asegurarse de que ninguno de ellos tendría oportunidad de salvarse y contar lo que había ocurrido.

Lippman asintió, pensativo. Su mente estaba trabajando a pleno rendimiento, buscando algún nexo que pudiese establecer la relación entre aquel atentado y el de la tienda de antigüedades. Sin embargo, por el momento, nada excepto la forma particular de provocar los incendios los relacionaba.

La voz del inspector Harris sacó a Lippman de sus meditaciones.

—Ven, vamos a la otra habitación. Me ha dicho el capitán de bomberos que hay algo interesante allí.

Ambos hombres penetraron en la habitación contigua, mientras los agentes se ocupaban de registrar todo el piso. Aquello parecía haber

sido una sala de reuniones o algo por el estilo. Unos grandes ventanales daban al exterior, a la Séptima Avenida. Lippman se percató inmediatamente qué era a lo que se había referido Harris.

En uno de los cristales había una extraña frase escrita con grandes letras rojas. Lippman la leyó varias veces, intentando descifrar su significado. Más no lo consiguió, pues pertenecía a un idioma que él no conocía en absoluto. Decía así:

Ph'ngluí mglw'nafh Cthulhu R'lyeh
wgah'nagl fhtagn»

—¿Has visto alguna vez cosa parecida? —le preguntó Harris.

—No —respondió Lippman—. Y tú, ¿sabes de qué se trata?

—En absoluto. Sin embargo tengo una ligera idea. Te habrá dicho ya el teniente que esos desdichados muchachos editaban una revista de literatura fantástica especializada, dedicada casi exclusivamente a lo que se denomina «temáticas lovecraftianas».

—Sí, algo me ha dicho. Pero cuéntame todo lo que sepas.

—¿Te suena el nombre de H. P. Lovecraft?

—No, en absoluto —respondió Lippman, preguntándose adonde conduciría todo aquello.

—Bien... Pues fue un escritor de relatos de terror que nació a finales del siglo pasado. Un nutrido grupo de escritores empezaron a escribir también relatos del género, aprovechando una compleja temática que creó Lovecraft. El caso es que durante mucho tiempo se ignoró el fenómeno y se le rebatió. No obstante, en los últimos años, ciertos sectores han empezado a interesarse por él, hasta el punto de que la obra de Lovecraft y sus seguidores ha llegado a convertirse en un auténtico objeto de culto.

Lippman todavía no comprendía adonde quería ir a parar su amigo.

—Bueno, pero ¿qué tiene que ver todo esto con el atentado?

—No lo sé. Lo que intento decirte es que detrás de todo este asunto podrían encontrarse algún tipo de secretarios o fanáticos. ¿Recuerdas el famoso asesinato de Sharon Tate? ¿O la ola de crímenes rituales llevados a cabo en Los Ángeles por un grupo de fanáticos que obedecían ciegamente las órdenes del líder satanista Anton La Vey? Pues algo así.

Lippman esbozó un gesto de incredulidad. Sabía que el mundo está lleno de locos peligrosos, pero él pensaba en otra cosa.

—Y esos seguidores de Lovecraft que dices —preguntó—, ¿no se meten en política?

—No, en absoluto. Algunos grupos neofascistas intentaron hacerse suya la ideología lovecraftiana, pero eso es tan absurdo como la afirmación de que Nietzsche era nazi. Nada de política.

—No sé, no sé... Klein, el anticuario, era judío. Tal vez los neonazis...

—Lo que te he dicho no es más que una suposición mía, una posibilidad. No puedo demostrarte nada ni ofrecerte ningún tipo de prueba, pero piensa en ello, por favor.

—De acuerdo —respondió Lippman—. Lo tendré en cuenta.

★ ★ ★

Y Lippman, en efecto, siguió el consejo de su amigo el inspector Harris. Pensó mucho en el asunto, y al final decidió que era un caso demasiado oscuro como para utilizar los clásicos medios «ortodoxos». De todos modos, no era la primera vez ni sería la última en que la policía solicitaba la colaboración de parapsicólogos.

Estaba en su despacho estudiando un informe pericial sobre el atentado perpetrado en la Séptima Avenida cuando unos nudillos golpearon en su puerta.

—Adelante —dijo—. Pase.

Un agente entró y le alargó una tarjeta de visita corriente.

—El hombre que me ha entregado esta tarjeta, está aguardando fuera. Me ha dicho que usted lo está esperando.

Lippman leyó lo que ponía en la tarjeta de cartulina blanca: «William Langford, investigador de la “American Society For Psichical Research Inc.”. Doctor en Parapsicología por la Duke University, Durham, North Carolina».

—Hágale pasar.

El agente de uniforme azul cerró la puerta, saliendo del despacho, tras haber introducido en él a un hombre joven, de unos veinticinco años, metro ochenta de estatura, con una larga y cuidada cabellera negra que le caía sobre la frente.

Lippman se levantó y apretó la mano del joven parapsicólogo.

—Buenos días, señor Langford. Le estaba esperando, pero en realidad no pensaba que su Sociedad se diera tanta prisa en mandarnos un investigador.

—Lo comprendo, inspector. Y no crea que no tenemos trabajo, porque desde que los parapsicólogos dejamos de ser considerados como una especie de brujos o chiflados, nuestros servicios son requeridos continuamente. Sin embargo, en todo momento estamos dispuestos a colaborar con la policía, lo cual deberíamos hacer mucho más a menudo, y sabemos que cuando ustedes requieren nuestros servicios se trata de algo excepcional.

—Sí, tiene usted razón —asintió Lippman, y agregó, señalando un confortable sillón que había al otro lado de su escritorio—: Pero tenga la bondad de sentarse.

—Bien, antes de entrar en materia debo comunicarle que aunque soy Doctor en Parapsicología, mi especialidad se centra en el estudio del contacto entre esta ciencia relativamente moderna y otras más antiguas y generalizadas, como pueden ser la Historia, la Literatura, la Medicina, etc. Por esto la dirección de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas me ha designado a mí para este caso, tras estudiar los antecedentes que ustedes les pasaron.

—Comprendo. Supongo que está usted ya enterado de todo lo que hasta el momento hemos averiguado, que, por desgracia, no es mucho.

—En efecto, he estudiado el caso en profundidad, y he llegado a elaborar alguna hipótesis.

—Me alegro—. Lippman sonrió cordialmente a su interlocutor—. ¿Sabe que estoy totalmente de acuerdo con usted en que deberíamos colaborar más estrechamente? Yo estoy dando palos de ciego, sin enterarme de qué va el asunto, y usted tiene ya una hipótesis...

—Y, afortunadamente, nuestro país es uno de los más avanzados en este sentido. El gobierno norteamericano, al igual que el ruso, el alemán y otros, de vez en cuando solicitan la colaboración de parapsicólogos. Sin embargo, en muchas partes la ciencia de la que nos ocupamos continúa estando bastante mal considerada, lo cual es un tremendo error.

Lippman se levantó y se dirigió hacia un mueble-bar que había en un rincón de su amplio despacho.

—¿Whisky, jerez...? —preguntó.

—No, gracias, no bebo.

El inspector se sirvió un *whisky* con soda y se sentó de nuevo frente al joven William Langford.

—Bueno, si le parece bien podemos abordar el tema que nos ocupa.

—Como quiera, inspector.

—En primer lugar le agradecería que me contase algo sobre el fondo del asunto, sobre Lovecraft y sus teorías, pues es muy poco lo que han podido decirme sobre ello.

—De acuerdo. En realidad, la figura de Howard Phillips Lovecraft es bastante enigmática y oscura, lo mismo que su obra. Se sabe de él que fue el único hijo de un viajante de comercio que murió cuando él contaba solamente ocho años, dejando al pequeño en manos de su madre, una mujer amorosa pero posesiva. Enfermizo, precoz e introvertido, Howard comenzó bien pronto a escribir una extraña literatura que abundaba en imágenes de descomposición, podredumbre y otros horrores más blandos y pegajosos que los besos de su madre. Encontró un buen mercado para sus trabajos en las revistas *pulp* de su época, especialmente «Weird Tales», y convirtiéndose en el centro de un pequeño grupo de escritores con la misma afición.

Langford calló durante unos segundos para permitirle al inspector

que asimilara todo lo que había dicho. Luego continuó su exposición.

—Lovecraft inventó una compleja y detallada mitología, poblada de seres abominables, divididos en una jerarquización por clases o castas, en la cúspide de la cual se hallan unos poderosos semidioses tales como Azothoth, el dios ciego e idiota, Yog-Sothoth, el «Todo-en-Uno» y «Uno-en-Todo», Shub-Niggurath, que es la Cabra Negra con los Mil Pequeños, Nyarlathotep, Lloigor, Zhar, Tcho-Tcho, Cthugha, Tsathoggua, y muchos más. Por encima de todos ellos se yergue el más poderoso, el Gran Cthulhu...

—¿Cthulhu...? —preguntó el inspector Lippman enarcando las cejas—. ¿Ha dicho Cthulhu? ¿No es esta una de las palabras que había pintadas en aquella ventana que daba a la Séptima Avenida?

—En efecto —respondió el parapsicólogo—. La frase entera decía así: «Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn». Según Lovecraft, la traducción de estas palabras es la siguiente: «En su morada de R'lyeh el temido Cthulhu espera soñando».

—Vaya, no comprendo nada de todo este embrollo —murmuró Lippman mesándose los cabellos.

—No se desespere, por favor —pidió Langford—. Comprendo que todo esto debe parecerle un laberinto, pero estoy seguro de que cuando haya oído lo que tengo que contarle lo verá todo con mayor claridad.

—Está bien, continúe.

—Bien. Todos los relatos y novelas que se escribieron abordando la temática sugerida por Lovecraft se agruparon con la denominación genérica de «Ciclo de los Mitos de Cthulhu». Esta temática, básicamente, viene a ser la siguiente: Hace miles de años, cuando nuestra Civilización distaba mucho de dominar este planeta, la Tierra estaba habitada por una civilización mucho más antigua. Estos seres eran enormemente más inteligentes que nosotros, y además, poseían un gran poder mental. En cuanto a su aspecto físico, no se parecían en nada a nosotros. Según los describen Lovecraft y sus albaceas literarios era un remedo del hombre, horribles seres babeantes, de cuerpo viscoso y amorfo, cuya mera contemplación podría enajenar al más cuerdo de los humanos.

»Todo le fue bien a esta extraña civilización, que floreció y prosperó en todos los aspectos cultural, técnico, etc., hasta que empezaron a practicar la magia negra, lo cual les condujo al caos».

—¿Existe alguna razón para que sucediera así? —preguntó Lippman.

—En efecto. Verá. En magia existe lo que se denomina un «torcimiento del hechizo». Esto sucede cuando el operante no conoce perfectamente el campo en el que está actuando.

En este caso, el hechizo se «tuerce» y se vuelve en contra del que lo ha lanzado; entonces es el hechizo el que domina al hechicero, no a la

inversa. Posiblemente, lo que les sucedió a ellos fue esto mismo, pero a mucha mayor escala, por supuesto, hasta el punto de obligarles a abandonar el dominio que ejercían sobre el planeta. Se dice que desde entonces moran en las regiones antárticas y en las profundidades de los océanos, esperando el momento en que les sea posible salir de su destierro y volver a dominar el planeta. También hay quien afirma que su exilio se halla en el espacio exterior, o en otra dimensión paralela a la nuestra.

Lippman estaba asintiendo con la cabeza.

—Ahora empiezo a comprender el significado de aquellas extrañas palabras. «En su morada de R'lyeh... el temido Cthulhu espera soñando». Eso significa, ni más ni menos, que Cthulhu aguarda el momento en que le sea posible destronar a la Humanidad de su actual pedestal y erigirse él mismo como soberano del planeta.

—Sí, más o menos, es esto —corroboró el joven parapsicólogo.

Lippman se levantó y se sirvió otro *whisky*. Con el vaso entre las manos se sentó de nuevo y se encaró a su interlocutor.

—Mire, todo eso que usted me ha contado está muy bien para escribirlo en una novela de terror, y reconozco que su interesante relato ha llegado a absorberme de tal modo que he llegado a olvidarme de todo lo demás. Pero hemos de ser realistas, señor Langford. Ahí fuera —continuó, señalando la ventana—, miles de automóviles ruedan sobre el asfalto, entre gigantescos rascacielos. Y sobre nuestras cabezas, decenas de satélites artificiales están dando vueltas a la Tierra, fotografiándonos con infrarrojos.

William Langford, Doctor en Parapsicología, escuchaba pacientemente las palabras del inspector Lippman.

—Comprende usted lo que quiero decir, ¿verdad? ¡Estamos en el siglo Veinte, no en la Edad Media...! ¡En nuestros días nadie creería una patraña semejante!

—Está usted muy equivocado, inspector. Actualmente no solo hay una gran cantidad de gente que cree ciegamente en todo lo que le he contado, sino que también hay quien trabaja denodadamente para que la Civilización de la que le he hablado vuelva y nos someta, tal como hemos hecho nosotros mismos con las especies más débiles. Yo no digo que esta historia sea cierta, pero lo que sí puedo asegurarle es que hay quien está dispuesto a matar por ella, como nos demostrará este caso si algún día llega a ser solucionado. Y quién sabe si algo mucho peor que matar.

Ambos hombres se miraron unos minutos en silencio. Finalmente, el parapsicólogo, dijo:

—Y para concluir, solo se me ocurre una frase que escribió el propio Howard Phillips Lovecraft. Dice así: «El sentido común no es más que una estúpida falta de imaginación y flexibilidad mental».

Capítulo 4

L

IPPMAN se hallaba en su despacho, estudiando unos informes correspondientes a otros casos menos importantes que había ido retrasando durante los últimos días. El zumbido del interfono interrumpió su trabajo.

—Diga, agente.

—Hay una llamada para usted desde Boston. Dicen que es muy importante.

—Pásemela, por favor.

Se oyó un chasquido por el altavoz.

—La tiene en el teléfono, inspector.

—Bien gracias. ¿Dígame?

—Le habla el teniente White, de la policía de Boston. Hace cosa de una hora se ha producido un atentado de características muy similares a los que se han efectuado ahí, en Nueva York. Me han informado que usted se ocupa del caso.

—En efecto, teniente. ¿Ha habido alguna víctima?

—Sí, un hombre. Le he llamado por si podía usted venir personalmente a ocuparse del caso.

—Está bien. Deme la dirección del lugar donde ha sucedido.

El teniente White le dictó una dirección de las afueras de Boston, que Lippman apuntó en una hoja de papel.

—De acuerdo. Hágase cargo de la situación hasta que llegue. Estaré ahí en una hora.

Lippman colgó el teléfono y accionó el interfono.

—Agente, necesito un helicóptero para dos personas en el aeropuerto Kennedy antes de media hora.

—Ahora mismo lo comunico, inspector.

Lippman tomó de nuevo el auricular del teléfono y, tras consultar su agenda, marcó un número de Nueva York en el disco. Al otro lado del cable, el timbre sonó cuatro veces antes de que contestasen a la llamada.

—William Langford. Diga.

—Langford, escúcheme con atención.

—Le escucho, inspector.

—Nuestros amigos han actuado de nuevo. Esta vez en Boston. Un helicóptero nos está esperando en el aeropuerto Kennedy para

llevarnos allí. ¿Algún inconveniente?

—No, en absoluto. Deme veinte minutos.

—De acuerdo, hasta ahora.

Veinticinco minutos después, el inspector Lippman y el joven parapsicólogo se introducían en un helicóptero que el piloto mantenía en marcha, a punto para despegar. Media hora después de abandonar la gran metrópoli neoyorquina, el aparato tomaba suelo en el aeropuerto de Boston. Un coche de la policía estaba aguardando a los dos hombres, a los que condujo a toda velocidad al otro extremo de la ciudad.

El coche les dejó en una zona residencial de las afueras, delante de una lujosa mansión de dos pisos, circundada por un amplio y cuidado jardín. La zona era un hervidero de policías. En cuanto llegaron, un oficial con insignias de teniente se les acercó.

—Usted debe ser el inspector Lippman, ¿no? Teniente White, a sus órdenes.

—Creo que hemos batido un récord —dijo Lippman mirando la esfera de su reloj de pulsera—. Hemos venido tan aprisa como hemos podido. Le presento a William Langford, teniente. Es parapsicólogo y está colaborando con nosotros en este asunto.

—Encantado de conocerle, señor Langford —saludó White estrechando la mano del joven—. Siempre deseé conocer a un auténtico parapsicólogo, y la verdad es que no esperaba encontrarme con un joven tan agradable.

Conducidos por el teniente, los tres hombres echaron a andar por un camino de grava que conducía a la puerta principal de la casa.

—¿Y bien, teniente? ¿Ha sido identificada la víctima?

—En efecto, inspector, aunque al saber que usted venía para acá hemos decidido esperarle antes de iniciar las investigaciones pertinentes. Sin embargo, puedo decirle que se trataba de un hombre mayor, que sobrepasaba los cincuenta. Era escritor profesional, pero tenía también participación en algunos negocios que, a pesar de ser legales, no eran todo lo ortodoxos que debieran. ¿Ya me entiende, verdad?

—Perfectamente, teniente. ¿Vivía solo?

—No. Aparte del servicio, compuesto por un mayordomo, una cocinera y cuatro criadas, vivía aquí con su mujer. Ella está dentro de la casa, así que podrá usted interrogarla ahora mismo.

Los tres hombres cruzaron el umbral de la mansión, que estaba custodiado por dos agentes armados. Los dos recién llegados esperaban encontrarse con una viuda desconsolada, ahogándose en llanto y al borde de la histeria.

Por esto, cuando entraron en el lujoso salón no pudieron ocultar su sorpresa. La flamante viuda era una bella joven que rondaba la treintena y se hallaba en la plenitud de su esplendor. Estaba

cómodamente sentada en un confortable sofá de terciopelo granate, con un largo vaso entre las manos, en cuyo interior tintineaban los cubitos de hielo nadando en la superficie del *whisky*. Tenía las piernas cruzadas con gran elegancia, y su cortísima falda permitía admirarlas a voluntad. Conversaba alegremente con dos agentes uniformados que había de pie en la habitación.

El teniente hizo las presentaciones.

—La señora Hughes, viuda del difunto señor Hughes. Estos son el inspector Lippman, de Nueva York, y el señor Langford.

—Mucho gusto, señores —saludó la señora Hughes, estrechando la mano de los dos hombres. A Lippman no se le escapó el detalle de la insinuante mirada que le dirigió al parapsicólogo, entornando sus hermosos ojos verdes—. No tiene usted la apariencia de un policía.

—No se equivoca usted, señora. Soy Doctor en Parapsicología, y estoy aquí para colaborar con el inspector Lippman.

—¡Oh, un parapsicólogo! —exclamó la mujer, removiéndole sus largos cabellos rubios—. Mi difunto esposo se relacionaba con algunos de ellos, pero eran hombres viejos y medio chiflados. Usted, en cambio, no es ni una cosa ni otra. Parece más bien un atleta o un corredor de Fórmula 1.

Lippman carraspeó y se encaró a la joven viuda.

—Perdone, señora, pero si le parece bien desearía hacerle algunas preguntas.

—¡Oh, por supuesto! —respondió de inmediato la señora Hughes sin poder disimular cierto desencanto—. Tengan la amabilidad de sentarse.

Los tres hombres tomaron asiento, y los dos agentes abandonaron la habitación a instancias del teniente.

—Bien. ¡Que empiece el interrogatorio! —exclamó la joven, riendo alegremente. Cesaron sus carcajadas cuando se fijó en que Lippman la miraba hoscamente—. Sé lo que está usted pensando, inspector. Que mi comportamiento no es el que se espera de una mujer que acaba de perder a su marido, ¿verdad? Sin embargo, ha de saber que yo jamás le oculté al pobre Harry que si me casé con él fue solamente por dinero. Y él lo aceptaba perfectamente.

Lippman se rebulló nerviosamente en su asiento y extrajo de su bolsillo la típica agenda que usaba en su trabajo.

—Está bien, señora Hughes, a mí no me interesa saber si sus relaciones con su marido eran del género amoroso... o económico. Estoy aquí para esclarecer un asesinato, ni más ni menos.

El rostro de la viuda se ensombreció, y toda muestra de alegría huyó de él. William Langford, que conocía profundamente la naturaleza humana, pensó que aquella mujer estaba viviendo un drama interior diametralmente opuesto a la alegre despreocupación que intentaba

aparentar.

—Un... asesinato —murmuró—. Lo siento, señores. Siento haberme comportado como lo he hecho. Les ruego me disculpen, pero aunque no lo parezca, la muerte de Harry me ha afectado.

—Está bien, está bien —le atajó Lippman—. Zanjemos este asunto y pasemos a lo que nos ha traído aquí.

—De acuerdo, inspector, pregúnteme lo que quiera.

—Veamos. Tengo entendido que su esposo era escritor, ¿no es así?

—En efecto. Tenía participación en algunos negocios de los que no sé absolutamente nada; en este sentido era muy celoso. No obstante, su auténtica profesión era la de escritor. Escribía eventualmente novelas y relatos de miedo, casi siempre por encargo. Sin embargo, su fuerte eran los guiones cinematográficos, aunque su nombre no es conocido porque siempre firmaba sus trabajos con seudónimo. Por ejemplo, intervino en la elaboración del guion de la película «Halloween», una de las últimas del género terrorífico que han salido de Hollywood. También habían sido llevados a la pantalla algunos de sus guiones por importantes directores de la «new wave» australiana.

—¿Sabe usted si tenía algún enemigo... alguien, tal vez, que pudiera desear su muerte?

—Ya le he dicho que de sus negocios particulares no me decía ni una palabra. En cuanto a lo otro, tampoco lo sé. Vivió muchos años en la Meca del cine, y ya sabe usted que en ese mundillo hay muchos intereses creados, muchas envidias y odios incluso. Aunque no sé...

La mujer pareció a punto de decir algo, pero se calló y siguió meditando.

—¿Qué iba a decir, señora? —preguntó amablemente el inspector.

—Oh, no sé si puede tener algo que ver con este deplorable accidente... Verá usted. Últimamente, Harry parecía muy ausente, como si estuviera metido en algún asunto que le absorbiera totalmente. Cuando está... Cuando estaba trabajando en algún guion importante, siempre se enfrascaba en su trabajo, pero esta vez era distinto. Se encerraba en su despacho y no dejaba entrar a nadie. Pasaba horas y horas allí, sin acordarse siquiera de comer. Ni siquiera mis... mis encantos eran capaces de devolverle a la realidad.

—¿Y no tiene ninguna idea sobre qué es lo que podría preocuparle, señora Hughes?

—Pues no... Tal vez alguno de sus negocios, o... ¡Ah, inspector, he olvidado algo! No le he dicho que el pobre Harry dedicaba el poco tiempo libre que le quedaba a ocuparse de la dirección de una Sociedad de Esoterismo cuya sede está aquí, en Boston.

—¿Esoterismo? —preguntó Lippman enarcando las cejas.

El joven Langford entró en la conversación.

—El Esoterismo —explicó— estudia todo aquello que no es

accesible sino mediante la iniciación. Lamentablemente, los cultos esotéricos tienden a formarse en torno a algún médium que tiene un fuerte control con una impresionante oratoria. En el verdadero espiritismo, sin embargo, se requiere poca sabiduría que se halla oculta o que sea difícil de lograr. Cuando se valoran las comunicaciones, se deberá emplear el discernimiento y el sentido común. Las enseñanzas de los verdaderos misioneros del otro mundo proclaman las mismas verdades en esencia, si bien con el adorno de términos adecuados para su tiempo y edad.

William Langford hizo una pequeña pausa. Los otros le miraban fijamente.

—Este, sin embargo, es el auténtico significado del Esoterismo —concluyó—. A través de los siglos, este término ha sido utilizado sin escrúpulos por todo tipo de fraudulentos y visionarios, que lo han pervertido.

Fue Lippman quien habló, tras unos instantes de silencio.

—Me abruma usted, Langford. Yo ni siquiera había oído la palabra esa en toda mi vida.

—Es verdad —corroboró la señora Hughes—. Ni yo misma hubiese podido decirle tan exactamente en qué consistía.

—Olvidan ustedes que es parte de mi trabajo ocuparme de estos temas.

—Sí... Sí, claro. Bien, sigamos. Decía usted, señora Hughes, que su esposo regentaba una sociedad dedicada al Eso... Esoterismo.

—Así es, aunque su trabajo no le dejaba mucho tiempo para dedicarse a ello.

—¿Y cree usted que su muerte tenga algo que ver con ello?

—Es posible. Ahora que recuerdo —dijo de pronto—... ayer por la noche, mientras estábamos cenando, dijo algo extraño, que no comprendí, aunque, la verdad, no le presté demasiada atención, pues muchas veces me hablaba de cosas de las que yo no entendía ni una palabra:

—¿Qué fue lo que le dijo? —preguntó Lippman con impaciencia.

—No sé, era algo acerca de un libro. Creo que me dijo que iba a comprar un libro que le habían ofrecido, muy valioso. Sí, eso es, e incluso mencionó el título del libro, pero no recuerdo...

—Haga memoria, por favor —le instó Lippman—. Podría ser muy importante.

—A ver... Sí, era algo... algo así como el necrófilo...

William Langford, que estaba escuchando la conversación con sumo interés, se levantó de un salto.

—¡El «Necronomicón»! —exclamó.

—¡Sí, eso es! ¡Ese es el nombre que dijo Harry!

Lippman se había perdido y no comprendía lo que sucedía.

—Menos mal que está usted aquí, Langford, porque yo no entiendo ni una palabra.

El joven parapsicólogo no le oyó.

—¿Sabe usted si llegó a ver el libro? —preguntó a la viuda.

—Sí, me dijo que lo tenía en su despacho y lo estaba examinando, porque no quería ser víctima de un fraude.

La excitación de Langford iba en aumento.

—¿Podría llevarnos al despacho de su marido, por favor?

—¡Oh, no valdría la pena! El pobre Harry estaba allí cuando explotó la bomba, y ni un centímetro de papel se ha salvado de las llamas.

★ ★ ★

Isaac Klein jamás en su vida había vivido tan bien como durante las últimas semanas. El apartamento que habitaba en la extraña construcción subterránea del cementerio de Swan Point parecía hecho a propósito para un ministro o un jeque árabe. Solamente tenía un defecto; no tenía salida al exterior, ni ninguna ventana por la que entrase la luz del sol. Sin embargo, esto no representaba ningún gran inconveniente, pues la iluminación era blanca y agradable, muy semejante a la luz natural, y todo el complejo se hallaba perfectamente ventilado.

El viejo judío era consciente de que el precio que estaba pagando por todo ese lujo era muy elevado, pero consideraba que valía la pena. Además, como no tenía elección, para qué preocuparse.

Estaba en la sala principal del apartamento, sentado en un confortable sillón y leyendo una novela titulada «El que acecha en el umbral», de H. P. Lovecraft y August Derleth. Un costoso equipo de alta fidelidad emitía por los *baffles* música de Mozart.

La plácida lectura del ex-anticuario se vio interrumpida de repente por una voz que salió de los diminutos altavoces que había distribuidos por todo el apartamento.

—¿Me oye, Isaac? —preguntó la voz inconfundible de Malcolm—. Quiero que venga ahora mismo a la sala del computador. Hay algo interesante que quiero que vea.

—¡Maldita sea! —exclamó el viejo, levantándose sin pérdida de tiempo—. ¡Tan tranquilo que...!

—¡Silencio! ¡Pare de refunfuñar y venga ahora mismo!

Klein no tenía opción. Sabía que en cualquier momento del día o de la noche su paz podía verse interrumpida por las órdenes del misterioso individuo que tenía por jefe y su presencia requerida en el acto. Sabía también que si se rebelaba iba a perder algo mucho más importante y valioso que el confort... Su vida.

Caminó rápidamente por el pasillo hasta detenerse frente a la hermética puerta del fondo. Presionó la ventanilla con la palma de la mano y se produjo el fogonazo. Sin embargo, la puerta no se abrió. En el interior de la sala, Malcolm, que estaba en el centro, frente a la consola de mandos, pulsó un botón, franqueándole la entrada.

—Acérquese Isaac. Vea esto —dijo, mostrándole una larga tira de papel listado que todavía continuaba saliendo de la computadora—. Están empezando a llegar datos procedentes de todo el mundo. Vea; hemos acabado con un filólogo soviético que estaba llegando a algunas conclusiones muy comprometedoras para nosotros sobre el lenguaje utilizado por nuestros «Amos», basándose en los escasos indicios que se encuentran dispersos por la obra del Maestro y sus seguidores. Hemos acabado con una publicación paralela a la que destruimos nosotros mismos en Nueva York, ¿recuerda? Ha sido en Madrid, y la revista se llamaba «Blagdaross». Hemos suprimido a un arqueólogo francés que descubrió unas inscripciones antediluvianas en Karnak, Egipto, así como a un especialista del Vaticano que estaba a punto de desentrañar el enigma de los pergaminos hallados en el Mar Muerto...

Klein tenía el papel listado entre sus manos, y casi no podía dar crédito a lo que veía. Había allí una interminable relación de hombres de ciencia, investigadores de todo tipo, e incluso algunos que en principio no parecían tener relación alguna con el asunto.

—Pero esto... —murmuró—, esto es... es horrible.

—¡Es grandioso! —exclamó Malcolm, sonriendo siniestramente—. Dentro de muy poco tiempo, la Tierra habrá sido barrida de todos aquellos que podrían suponer un obstáculo para nuestra Causa, y una vez esto sea realidad, todo estará a punto para su regreso. Será el golpe de Estado más importante que se haya producido jamás en este viejo planeta. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Me río de los de su raza. ¡El pueblo escogido! ¡Creían que ustedes estaban llamados a ser los dueños del mundo, malditos semitas! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Falta poco, muy poco tiempo para que el mundo sea de «ELLOS».

Y entonces, el hombre no será más que un insignificante insecto, que ellos utilizarán a voluntad, como en un simple juego de ajedrez.

★ ★ ★

—Pues menos mal que estaba usted allí, porque todo esto empieza a resultarme algo incomprensible.

William Langford y el inspector Lippman estaban sentados en una mesa de un restaurante francés. Habían escogido un rincón apartado para poder conversar con tranquilidad.

—¡Ah, inspector! —exclamó Langford de pronto—. Olvidaba decirle que he invitado a comer a una antigua amiga mía. Espero que

usted esté de acuerdo con mi decisión, pues creo que podrá ayudarnos mucho en este asunto.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo puede ayudarnos?

—Pues verá... Es evidente. Desde que era muy pequeña demostró poseer unas facultades fuera de lo normal. Como los auténticos dotados psíquicos, jamás ha intentado comercializar sus poderes, como el inglés Matthew Manning, uno de los mayores sensitivos que ha habido jamás, y que se puso totalmente a disposición de los científicos para que su caso ayudara a la investigación.

—¿Y realmente cree usted que su amiga podrá ayudarnos en este asunto?

—No puedo asegurarle nada, inspector, pero con probarlo, nada perdemos. Usted mismo me dijo hace pocos días que creía que los parapsicólogos deberíamos colaborar más a menudo con la policía. Yo soy parapsicólogo, pero no un dotado psíquico, ¿comprende? Yo puedo orientarle, puedo investigar el caso, pero toda la ayuda que puedo ofrecerle es puramente teórica. Sin embargo, mi amiga, con sus dotes paranormales, tal vez pueda ofrecernos una ayuda práctica.

—Hum —murmuró Lippman—. La verdad es que no me atrae demasiado la idea, pero usted mismo lo ha dicho; si lo probamos, no vamos a perder nada. Y, a propósito, cambiando de tema, quisiera que me explicase qué es todo eso del «Necronomicón» o como se llame.

Langford se colocó un cigarrillo rubio entre los labios, y Lippman le dio fuego. Exhalando una bocanada de humo empezó a hablar.

—Pues bien. Según la «Glosa Bibliográfica Alejandrina» del rabino Isaac Ammónides, edición príncipe fechada en Praga en 1547, entre los múltiples volúmenes que se hacinaban en la desaparecida biblioteca de Alejandría, se encontraba un extraño ejemplar impreso en octavo mayor, de la obra del ocultista gnóstico Balthazar Sator, cuyo título, empleado muy a la ligera en varias ocasiones por H. P. Lovecraft, era «El Necronomicón». Sin embargo, otros autores atribuyen la paternidad de la obra al árabe loco Abdul Alhazred, aunque los detractores de esta postura alegan que este no hizo sino traducir la obra original de Sator, en griego, a su idioma. La verdad es que los estudiosos no se ponen de acuerdo a este respecto.

»Este polémico libro, según Lovecraft, era un grimorio inmenable. Según Ben Ammónides, sin embargo, el «Necronomicón», en su parte esencial, no es más que un libro de viajes fantásticos, al estilo de la «Odisea». Tampoco a este respecto se ponen de acuerdo.

»Según Ben Ammónides la obra original consta de tres decamerones. Las diez primeras jornadas son un Eclesiastés de normas de conducta y leyes formales del imaginario reino de Kadath. El segundo decamerón cuenta el viaje que emprendió el príncipe

Njarlatoth de Leng, en busca de la ciudad del Sol Poniente. Njarlatoth es perseguido por licántropos, ogros, vampiros y una legión de demonios que quieren impedirle a toda costa su llegada a Kadath. Por último, gracias a la ayuda de un talismán que le entregó el rey de los hombres-gato, el protagonista llega a Kadath. La tercera parte es una descripción histórico-socio-política y arquitectónica de la ciudad del Sol Poniente, que sutilmente empalma con el primer decamerón.

»En conjunto, el «Necronomicón» es un libro cíclico, sin principio ni fin, pues el tercer decamerón empalma con el primero. Esta idea del ciclo nos recuerda la doctrina gnóstica, que floreció a principios de nuestra era en Alejandría, y recuerda el «ourobouros», el gusano que se muerde la cola.

»Sin embargo, según Lovecraft, el «Necronomicón» es un grimorio, es decir, un texto iniciático en el que se consignan peligrosas prácticas de magia negra. Y aún existe una tercera postura, muy extendida entre bibliófilos y especialistas, que pretende que el «Necronomicón» no existe ni existió jamás».

—O sea —dijo Lippman— que no hay nada seguro. Tal vez existe, y el guionista lo vio antes de morir, y tal vez es una falacia, en cuyo caso hubiese sido víctima de un fraude o de un complot urdido para cargárselo.

El joven parapsicólogo hizo un gesto de aquiescencia. Levantó la mirada al oír un taconeo que se acercaba y se levantó, con una sonrisa.

—Aquí está la amiga de la que le he hablado, inspector. Lilith, te presento al inspector Lippman, de Homicidios. Inspector, esta es Lilith Carter.

—Mucho gusto, señorita Carter —dijo Lippman levantándose y apretando la mano de la joven.

—Igualmente, inspector —respondió la joven con voz armoniosa y bien modulada. Era alta y esbelta, con una larga cabellera rubia que le caía en cascada sobre los hombros. Vestía sencillamente y adoptaba un porte de sencillez en todos sus gestos, pero poseía una enorme elegancia que parecía inherente a su persona. Asimismo, como Lippman tendría oportunidad de apreciar más adelante, era poseedora de una brillante inteligencia.

Los tres se sentaron a la mesa, quedando Lilith en medio de los dos hombres. Durante toda la velada, Langford y Lippman se dedicaron a poner en conocimiento de la joven todo lo que el caso daba de sí hasta el momento.

Lippman no tardó mucho en darse cuenta de que Lilith era realmente encantadora, y que entre ella y el joven parapsicólogo había algo más que una simple amistad o una relación profesional.

Capítulo 5

A

H, me alegro de que las haya conseguido, inspector.

Pueden resultarnos muy útiles para la sesión de esta noche.

Lippman depositó encima de la mesa un sobre de papel, de cuyo interior extrajo Lilith unas cuantas fotografías en blanco y negro. En todas ellas aparecía un hombre mayor, arrugado, con unas pequeñas gafas redondas montadas sobre la nariz aguileña de judío.

—No crea que ha sido fácil dar con ellas. El que no tuviera ningún pariente aquí ha sido un gran inconveniente, y nadie de los que le conocían poseía ninguna foto de él. Al final, después de mucho buscar y muchas llamadas telefónicas, he conseguido que el F.B.I. me facilitase unas cuantas que poseían en sus archivos.

William Langford, con un vaso de *whisky* en la mano, se acercó a Lilith Carter y miró las fotografías por encima de su hombro.

—Hum... Es tal como me lo imaginaba. Los judíos, como los chinos, todos parecen iguales.

—En efecto —corroboró el inspector.

Los tres se hallaban reunidos en el apartamento que el parapsicólogo poseía en Queens, el barrio residencial de New York. Se trataba de un piso lujoso, compuesto por dos plantas que se comunicaban por una escalera en espiral. Un ascensor conducía directamente desde el garaje del edificio hasta la puerta del apartamento.

El motivo por el cual se hallaban allí era algo que aún no convencía demasiado al escéptico inspector de policía. El parapsicólogo y su hermosa amiga se proponían realizar una especie de sesión espiritista para tratar de ponerse en contacto con el espíritu de Isaac Klein, el viejo judío de la tienda de antigüedades que se había incendiado.

—¿Cómo se hace para ponerse en contacto con una persona muerta? —preguntó Lippman a Lilith.

—Entraré en un tipo especial de trance —explicó la joven y hermosa médium—. Y trataré de comunicarme con mi guía espiritual. Se llama Frank. En muchas ocasiones me he puesto en contacto con él. Frank encuentra a la gente que yo busco, si quiere o si puede hacerlo. En su vida anterior, Frank fue un actor famoso, y puede mostrarse muy temperamental, si es perturbado en un momento inadecuado.

—¿Se trata del mismo tipo de concentración necesaria para la

técnica telepática? —inquirió de nuevo Lippman, que desde que había conocido a Langford había incrementado considerablemente sus conocimientos acerca de la Parapsicología.

—En realidad, no. Resulta difícil de explicar porque yo misma no sé exactamente cómo lo logro. Pero se necesita otro tipo de concentración. Más parecido al sueño. O a hacer el amor —agregó juguetonamente, acercándose al parapsicólogo.

Langford aceptó sus coqueteos con una sonrisa de complicidad.

—Su talento es fabuloso —comentó, bajando ligeramente la voz.

Luego dejó el vaso sobre la mesa y se movió en dirección al ascensor.

—Abajo tengo algunas cosas. Tendremos que preparar la sala antes de empezar la sesión.

Langford bajó hasta el garaje y recogió una bolsa del asiento trasero de su automóvil. Allí estaban las cosas que había recogido en la tienda de antigüedades cuando estuvo en ella, junto con Lilith, intentando hallar alguna pista que les facilitase la investigación. La bolsa también contenía algunas cosas que había comprado en una tienda de Manhattan a la que ya había ido otras veces, cuando necesitaba material para realizar experimentos de Ocultismo.

Cuando regresó al estudio de su apartamento, limpió la mesa grande y comenzó a vaciar la bolsa. Lilith y Lippman se acercaron para ver lo que sacaba.

Dejó sobre la mesa una pequeña caja de metal que el judío probablemente utilizaba para guardar su dinero.

—Si mal no recuerdo, esto nos dio una vibración más fuerte que cualquiera de las cosas que había en la trastienda del anticuario —luego sacó un pequeño envoltorio de papel—. Algunos vidrios rotos. Probablemente son del cóctel «Molotov» que produjo el incendio.

—¡Ah! Muy bien —Lilith cogió la bola de papel y pasó la mano por la cajita de metal—. Todo esto servirá para preparar la sesión.

—¿También quiere las fotos? —preguntó Lippman.

—Sí, supongo que harán falta.

—Toma también esto —dijo Langford entregándole una pequeña y manoseada libretita—. Estaba dentro de la caja del dinero, y Klein la utilizaba para anotar todas las entradas y salidas de su negocio. Está escrita a mano, así que creo que te será útil.

—Bien; con esto será suficiente —cogió la libreta y comenzó a hojearla—. ¡Oh, sí! Noto algo positivo con esto.

—Es natural —intervino el inspector—. Ya sabemos del apego que sienten los judíos por sus negocios, y especialmente por el dinero que estos les producen.

Mientras ella examinaba las posesiones de Klein, Langford acomodó las cosas que había comprado en «Kiehl's», la tienda de

Ocultismo: algunos paquetitos de hierbas, un paquete de incienso de roca pura y cinco velas de cera de abeja.

—Tráigame cinco cuencos de metal y candelabros para las velas —pidió a Lippman—. Podrá encontrarlos en la cocina, al final del pasillo.

El joven parapsicólogo empezó abriendo los paquetes de hierbas. Siempre que necesitaba limpiar un sitio de elementos negativos, prefería utilizar una fórmula de protección extraída de «Las clavículas de Salomón». Las hierbas necesarias eran ortiga, beleño y apio silvestre; pero sus propios experimentos le habían demostrado que otra sustancia, la sal común particularmente eficaz para absorber energía cuando se combinaba con los ingredientes básicos. Hasta este punto su investigación había logrado retinar un rito creado antes de que fuera escrita la primera página de la Biblia.

Lippman regresó con los cuencos y los cinco candelabros de cristal. Mientras este preparaba las velas, Langford colocó una mezcla de incienso, hierbas y sal en cada cuenco. Luego cogió uno de los cuencos y una vela, caminó hasta el rincón, este de la sala, dejó el cuenco en el suelo y colocó la vela al lado. Encendió un fósforo y prendió la vela antes de encender la mezcla del cuenco.

A medida que el humo aromático comenzó a subir, entonó suavemente las palabras de la fórmula.

—Oh, Adonay, omnipotente Él, todopoderoso Agía, sagrado On, más virtuosos Aleph y Tau, principio y fin. Rogamos a Ti que produzcas la consagración de este pentáculo mediante Tu poder, que se vuelva potente contra todos los espíritus. Por Ti, Adonay, el más sacro y eterno. Que por Tu poder, el poderoso arcángel Rafael proteja esta sala de todos los males que provengan del este.

Langford se puso de pie y regresó hacia la mesa. Cogió otro cuenco y otra vela y repitió el procedimiento en el extremo Sur del estudio. La única diferencia en la fórmula consistió en que invocó el nombre de Miguel para proteger el Sur. En el extremo Oeste repitió la plegaria invocando a Gabriel y, por último, en el Norte, recurrió a Uriel.

Lilith aún estaba examinando las fotos y pertenencias de Isaac Klein, cuando Langford regresó y volvió a repetir la invocación, encendiendo el quinto cuenco y la quinta vela. Aquí repitió el nombre de Rafael, completando así la fórmula de la cruz cabalística.

—¿Eso es todo, doctor? —preguntó el inspector con ironía, al que todo aquello le parecía teatro.

—Eso es todo.

—¿Cuál es su función?

Langford tamborileó los dedos sobre la mesa. Se sentía deseoso de enseñar a Lippman la técnica mágica, pues cada vez se mostraba más interesado en estos temas, pero era remiso a implicarlo en las ciencias ocultas, conocedor de los peligros que acechan al hombre en cuanto

traspasa ciertos umbrales establecidos.

—La fórmula está destinada a dispersar la energía negativa —explicó—. Y a protegernos a Lilith y a mí de un ataque mientras nos hallamos en un estado sensitivo. Durante la sesión, ambos nos concentraremos profundamente.

—¿Cómo? ¿Lilith y usted? ¿No me quiere aquí?

—No sé sí...

Lilith le interrumpió.

—Claro que lo queremos aquí. En una sesión es mucho mejor que haya tres personas en lugar de dos —dijo, mirando a Langford con reproche.

Este levantó la mano en señal de rendición.

—Estaba a punto de decir que no sabía si Lilith deseaba la presencia de otra persona, pero ya le has contestado.

—Querido, la próxima vez muéstrate más positivo —le propuso Lilith, y luego se volvió a Lippman—: ¿Le ha explicado alguna vez sus hermosas técnicas de concentración? No me sorprendería saber que no lo ha hecho. No le daría su número telefónico ni a un monje trapense.

—Me enseñó algunos ejercicios—. Lippman miró a Langford y sonrió—. Pero mantiene en secreto el resto de sus experimentos.

—¿Qué tipo de experimentos? —preguntó Lilith, repentinamente interesada—. No sabía que te dedicaras a la investigación últimamente, Will.

Langford se ocupó de preparar la mesa.

—En lugar de discutir mis curiosas costumbres —propuso—, será mejor que nos pongamos a trabajar y averiguemos si nuestras técnicas logran ponernos en contacto con Klein.

—Will, no te hace ningún bien ser tan reservado.

Mientras él organizaba la zona, Lilith comenzó a quitarse las joyas. Langford acercó una silla a la de Lilith; luego caminó hasta la pared y apagó la luz.

La luz de las velas enviaba largas sombras que se retorcían en las paredes y creaban formas temblorosas que distorsionaban las dimensiones del estudio. Cuando regresó a la mesa, Lilith y Lippman estaban concentrados, con la cabeza baja. Langford fijó la mirada en la vacilante punta de la vela situada en el centro de la mesa y comenzó un ejercicio de respiración lenta. A medida que esta se intensificaba, su conocimiento se separó de la llama de la vela y se concentró en el latido constante de su corazón. En ese momento se volvió pasivo. Cuando sintió el suave contacto de la vibración de Lilith, abrió más su conciencia para recoger la presencia del inspector.

La energía generada por el inexperto Lippman para intentar concentrarse era débil pero positiva, y una poderosa corriente de fuerza natural le permitió mantener un vínculo de prueba con Langford y

Lilith.

Lilith alargó los brazos y les cogió de la mano. Tanto el parapsicólogo como el inspector de policía apoyaron la otra mano en la pequeña pila que contenía las posesiones de Isaac Klein, situada frente a ellos. Esto permitía cerrar el círculo y, además, introducir los restos de la energía del judío que retenían sus objetos personales en la cadena de vibraciones.

En el momento en que el círculo se cerró, Langford sintió una corriente constante de tensión que incrementó marcadamente su pulso.

—¿Frank? ¿Nos das la bienvenida? —preguntó Lilith con voz suave.

Langford levantó la mirada y vio que la cabeza de su amiga estaba inclinada y se hallaba muy cercana a la mesa, con la mandíbula inferior descansando sobre el pecho. Luego una voz masculina surgió de lo más profundo de su pecho y rugió a través de sus labios laxos e inmóviles.

—Frank... os da la bienvenida —anunció.

Los labios de Lilith sí se movieron, esta vez con gran lentitud.

—¿Puedes guiarnos?

—Encantado.

—Queremos encontrar a Isaac Klein.

Se produjo una larga pausa.

—¿Estás ahí todavía? —inquirió Lilith al cabo.

—Aquí estoy...

—¿Podrás encontrarlo?

—Nosotros... no debemos... entrar... según dónde, querida amiga.

—Por favor, Frank, es muy importante.

—No... debemos...

Los dedos de Lilith aferraron con mayor fuerza la muñeca del parapsicólogo, y este notó que la tensión se intensificaba.

—Por favor, Frank —jadeó Lilith—. Inténtalo siquiera. Es muy importante.

—Ya sé que es importante —respondió la cavernosa voz masculina—. Y peligroso, muy peligroso.

—Hazlo por mí, Frank... Jamás me has fallado.

—De acuerdo... Pero ya os he avisado. Lo que suceda no tendrá nada que ver conmigo.

—Gracias.

Inmediatamente se notó un descenso en la densa carga de electricidad estática que se había formado en torno al grupo.

El inspector, hasta aquel momento, no había tenido plena conciencia de que eran cuatro los presentes, y se le erizó el vello de la nuca cuando «noto» que alguien se iba.

Transcurrieron unos minutos de tenso silencio, y los entumecidos músculos se fueron relajando.

De repente, la misma voz de antes quebró el silencio saliendo de los labios de la médium, que de nuevo permanecieron quietos, salvo un ligero temblor que los agitaba.

—Ten cuidado... querida amiga. El que buscáis está aquí. Pero, en realidad, él no está muerto. No, cuando menos, lo que la mayoría de la gente entiende por muerto. Su cuerpo continúa todavía entre vosotros, pero su alma traspasó ciertas esferas mucho más oscuras que las de la muerte, e infinitamente más peligrosas. El cuerpo que encontrasteis en la tienda de antigüedades que pertenecía a Isaac no era el suyo, sino el de un ruso amigo suyo al que sacrificó sin ningún escrúpulo para quedar libre y poder moverse con toda tranquilidad, mientras todo el mundo le daba por muerto. El ruso se llamaba Andreievich, Ivan Andreievich, y ese sí que está entre nosotros. Si queréis hablar con él puedo llamarlo...

—No, Frank, no hace falta —dijo Lilith—. Solo queremos hablar con el judío.

—Está bien —respondió la voz cavernosa—. Os dejo con él. Me voy. Yo no quiero saber nada más de este asunto. Y mucho cuidado, amiga mía...

—¿Isaac? —gritó Lilith ásperamente—. ¿Estás ahí?

Sus brazos comenzaron a temblar y una voz más suave que la anterior, aunque también masculina, se filtró por sus labios contraídos.

—Estoy solo aquí... Triste... y solo... —la voz se perdió.

—¿Por qué estás triste?

—Mi cuerpo... —tarareó tristemente la voz, y volvió a perderse.

—¿Qué ocurre con tu cuerpo?

—Mi cuerpo debe ser destruido.

—Háblanos de tu cuerpo —insistió ella, meciéndose en la silla.

—Mi cuerpo... debe ser destruido... para que Cthulhu... no pueda...

El cuerpo de Lilith saltó hacia un costado mientras la voz se cortaba en su garganta...

La nube de electricidad estática que se cernía sobre la mesa aumentó, poniendo de punta los largos cabellos de Langford.

Un aterrizado chillido atravesó la boca de Lilith. Perturbó la concentración del parapsicólogo y este retiró instintivamente su conocimiento, a punto de quebrar su vínculo con Lilith. Retorció los dedos de la chica y buscó con la otra mano el brazo del inspector Lippman, que permanecía en un estado muy similar al trance hipnótico. Se agarró fuertemente de ambos e intensificó su respiración, cargando el foco de su concentración hasta que se convirtió en un punto incandescente de luz pura.

Otro chillido estremeció a Lilith, que comenzó a llorar incontrolablemente.

—¡En el poderoso nombre de Agía, vete en paz! —gritó Langford.

Los sollozos de Lilith subieron de tono hasta convertirse en ventarrones de risitas agudas y ásperas que clavaban dardos de pánico en la columna del joven parapsicólogo. Su conciencia resbaló repentinamente y comprendió que había perdido el equilibrio de la energía del inspector Lippman.

Una risa histérica estremeció el cuerpo impotente de Lilith, con tañidos desenfrenados, retumbando implacablemente contra su propia concentración.

Acto seguido estallaron todas las bombillas de la habitación, como los cristales de las ventanas; libros y otros objetos fueron proyectados fuera de los estantes en que se hallaban, yendo a estrellarse contra la pared que tenían enfrente.

Langford sintió que el brazo del inspector se apartaba de su mano.

La risa se convirtió en un gemido que atravesó la oscuridad, azotando su frágil vínculo con Lilith. Apretó los dedos contra la mano estirada de su amiga, mientras luchaba desesperadamente para proteger su concentración del sonido.

Una brillante llamarada le hizo levantar los ojos.

Cuando su visión se acostumbró al brillo, vio algo que cercó su conciencia con una helada columna de temor.

Intentó apartar los ojos del monstruo radiante y diáfano que se cernía sobre él, pero no pudo. A pesar de todos los esfuerzos de su voluntad, su mirada siguió fija en los ojos sin fondo, en la masa amorfa de aquel engendro satánico, todo él recubierto por una piel verdosa y hedionda que despedía un olor que, si a algo se asemejaba, era sin duda al hedor que desprenden los cadáveres en avanzado estado de descomposición. El monstruo recordaba lejanamente la silueta humana; se trataba de una especie de parodia macabra del ser humano, una vil y ominosa imitación, y el abismo negro que tenía por boca no cesaba de emitir las estridentes carcajadas que lo llenaban todo.

Luego la risa se convirtió en un gemido, y a medida que el sonido se hacía más agudo, las temblorosas galaxias de color irisado que eran los ojos del horrible ser, le arrastraron hacia él.

Langford luchó por hablar, pero las palabras se congelaron en su garganta, impidiéndole respirar. Abrió y cerró la boca sin decir palabra, haciendo un último y débil esfuerzo por hablar antes de que su concentración cayera y fuera absorbida por el vértigo de los ojos expectantes del monstruo.

Capítulo 6

U

NA caótica tormenta azotó la herida conciencia de William Langford. Su memoria buscó el equilibrio y encontró una desvaída imagen en la aullante oscuridad. La imagen de una cruz con una anilla en la parte superior. El antiguo símbolo «ankh» de la vida.

Mientras se aferraba a la imagen sintió que la congestión de sus pulmones cedía. Empujó las palabras a través del vibrante gemido que atenazaba su garganta.

—Por Agía... —aulló dolorosamente—, por Ely, por Omega, Elohe...

Los nombres del poder parecían actuar como controles que reducían el tono del sonido ensordecedor.

—Elohim, Sabaoth, Eleoin y Saday —prosiguió, y ante cada nombre el volumen disminuía. No supo cuándo se detuvo realmente, ni el momento exacto en que desapareció el monstruo al completar la fórmula del exorcismo—. Retomad a vuestro verdadero sitio, sin rebelaros. ¡Ahora!

Una débil luz quebró la oscuridad.

Bajo el pálido resplandor vio a Lilith inconsciente en la silla; una baba resplandeciente colgaba de la comisura de su boca entreabierta.

—Cien malditas veces... —decía alguien.

Langford se giró.

El inspector Lippman estaba sentado en el suelo, observando un fósforo semigastado.

—Debo haberlo raspado cien malditas veces hasta que finalmente se encendió —murmuró sin dirigirse a nadie en particular, acercando la llama menguante a una vela que sostenía con la otra mano.

Langford se puso de pie. Le zumbaban terriblemente los oídos y su equilibrio era precario, pero después de respirar concentradamente, sus sentidos recuperaron el estado normal. Se agachó sobre el cuerpo inerte de Lilith y apoyó las manos sobre su nuca. La piel estaba húmeda y fría.

Recurrió a los restos de fuerza, extendió la línea de su concentración y sintió que su conocimiento comenzaba a zumbar con renovada energía. La dejó correr hasta sus muñecas, donde su voluntad envió la energía, a través de los dedos, hasta la base del cráneo de la chica.

Sus almas comenzaron a hormiguar cálidamente cuando intensificó la respiración. Lilith movió los párpados y luego abrió los ojos.

—No intentes hablar —dijo Langford suavemente, limpiándole la boca con un pañuelo—. Descansa hasta que recuperes la respiración.

Se alejó y fue a ver cómo se encontraba Lippman.

Estaba pálido, los hombros le temblaban y murmuraba incoherentemente ante la vela que seguía apretando en la mano.

Langford cogió la vela y la apoyó en el brazo de una silla. Luego colocó las manos sobre el cuello del inspector de policía, inmediatamente debajo de la línea del pelo y repitió la técnica empleada con Lilith.

Pocos minutos después Lippman se había recuperado y estaba en condiciones de ayudar a Lilith a llegar hasta el diván.

Cuando ella estuvo cómoda, se dejó caer en un sillón y miró a Langford.

—¿Qué demonios sucedió?

—Fuimos atacados. Si no nos hubiéramos protegido antes... —mientras hablaba, Langford notó que algo crujía bajo sus pies. Miró al suelo y vio las diminutas partículas en que se habían convertido las bombillas y los cristales de las ventanas.

—¿William? —le llamó Lilith con voz débil—. ¿Estás ahí?

—Aquí estoy.

Ella suspiró y parpadeó.

—Querido, ¿puedes conseguirme un trago? Sin hielo.

—Yo iré a buscarlo —se ofreció Lippman.

—¿Cómo te sientes? —murmuró Langford, tomándole el pulso.

—Como si alguien me hubiera abierto la cabeza y la hubiera llenado de serrín húmedo.

—¿Recuerdas lo que te ocurrió?

—En este momento no quiero recordar nada.

Lippman apareció con tres vasos largos llenos de *whisky* hasta la mitad. Ofreció dos de ellos al parapsicólogo y a la chica y se bebió la mitad del suyo de un solo trago.

—Oh, lo necesitaba —susurró Lilith después de dar algunos pequeños sorbos—. Creo que jamás en mi vida lo había precisado tanto.

—¿Puedes explicarnos ahora qué sucedió? —insistió Langford.

—No lo sé con exactitud. Recuerdo una especie de viento eléctrico cuando entré en contacto con Klein. Y me puse histérica cuando vi ese horrible monstruo. Después me desmayé.

—¿Qué monstruo? —inquirió el inspector—. Yo no vi nada. Todo lo que oí fue un ruido fantástico. Si no fuera porque le tengo una gran confianza, Langford, creería que me dio usted alguna droga alucinógena y que todo esto no había sido más que un «mal viaje».

—Hubo una presencia en el estudio. Una especie de monstruo radiante y hediondo que se cernía sobre la mesa —explicó Langford, incorporándose—. O mucho me equivoco, o se trataba del mismísimo Cthulhu.

—¡Cthulhu! —exclamaron Lilith y el inspector al mismo tiempo.

—El mismo —asintió el parapsicólogo gravemente—. Y tuvimos una suerte enorme al sobrevivir. Si no hubiéramos realizado los ritos purificadores antes de empezar la sesión, el forense habría dictaminado tres casos de paro cardíaco.

—¡Dios mío! —exclamó el inspector alarmado—. Y pensar que siempre creí que esto del ocultismo no eran más que zarandajas para sacarle dinero a los ignorantes...

Los tres bebieron en silencio durante unos minutos.

—¿Querría hacerme el favor de ir a comprar algunas bombillas, inspector? Todas están rotas. Mientras tanto, Lilith y yo vamos a ordenar un poco todo esto —dijo, empezando a recoger algunos libros que había esparcidos por el suelo.

—De acuerdo —asintió el policía, saliendo del estudio realmente aliviado de poder abandonar, aunque fuera solo por unos minutos, aquella habitación en la que había vivido la experiencia más terrible de su vida.

—¿Y bien? ¿Por qué querías que se fuera? —preguntó Lilith una vez que hubo salido.

—Tonterías.

—Sé que jamás enviarías a alguien a hacer un recado cuando tú mismo puedes hacerlo.

Langford suspiró y se sentó.

—No estoy seguro de que pueda meterse en esto. Es algo más que una sesión.

—Ya está metido, querido. Fue atacado junto a nosotros. Y, de todas formas, en todo caso sería él quien nos metió a nosotros, no lo olvides. Es él quien se ocupa de este caso y quién pidió tu colaboración.

—Hum... ¿Recuerdas algo del monstruo?

—Solo que era horripilante. En mi vida había visto nada igual. Pero, a pesar de todo, era fascinante. Me resultó imposible apartar los ojos de él. Y luego esa terrible sirena me llenó la cabeza de ruido.

—Esa eras tú.

—¿De qué hablas, querido? —exclamó, indignada—. Era el monstruo el que producía el sonido.

Langford describió las transiciones emocionales de su amiga durante el ataque.

—Entonces es por eso que me duele tanto el estómago. Debo haber estado poseída. A propósito, ¿cómo pudiste rechazar la presencia?

—Recordé una fórmula de exorcismo y funcionó. Pero no pude

impedir sus efectos devastadores —agregó débilmente.

Mientras hablaban, iban recogiendo los cristales del suelo, metiéndolos dentro de bolsas de plástico.

—Bueno —susurró Lilith—. Aún pudo haber sido peor.

Transcurridos algunos minutos regresó el inspector Lippman con las bombillas que había comprado. Sustituyeron los casquetes rotos por las bombillas nuevas y pronto el estudio quedó brillantemente iluminado.

—Lo cierto es que todavía no comprendo bien lo que ha sucedido aquí —dijo Lippman una vez se hubieron sentado los tres.

—Pues es relativamente sencillo —respondió el parapsicólogo con un tono más bien lúgubre—. Isaac Klein no está muerto. O, mejor dicho, solamente está muerto en parte. ¿Ha leído usted «El extraño caso del Doctor Jekyll y Mr. Hyde», inspector?

—Sí.

—Pues así comprenderá mejor lo que le voy a decir, pues la base del asunto viene a ser la misma. Todos nosotros estamos compuestos por lo que podríamos llamar dos espíritus o dos almas distintas. O, si se prefiere, digamos que nuestra alma está integrada por dos partes bien caracterizadas. Una de ellas, la más conocida, es la parte de nuestro «Yo» que podríamos denominar «buena» o positiva, mientras que la otra es la «mala» o negativa. Si ha estudiado usted algo de genética sabrá que hay caracteres dominantes y caracteres recesivos hereditarios.

—Sí, en efecto. Aunque no domino el tema, mientras permanecí en la Universidad, la ingeniería genética era una de las materias que más me interesaban.

—Bien —continuó Langford—. Generalmente, la parte positiva de nuestro «Yo» es dominante; por el contrario, la parte maligna es recesiva y solo se manifiesta esporádicamente: De todos modos y como sucede en todas las cosas, siempre hay alguna excepción. Existen personas, a las que llamamos «santos», que han conseguido desterrar definitivamente de su personalidad la parte maligna, y, del mismo modo, existen también algunos a los que les sucede todo lo contrario y se convierten en esa especie de monstruos sanguinarios de los que está plagada la historia de la Humanidad.

—Y también nuestras cárceles —añadió el inspector Lippman con una sonrisa.

—Así es. Y, centrándonos ya en el caso particular que nos ocupa, resulta que la parte positiva del espíritu de Isaac Klein ha sido expulsada de su cuerpo, por el cual podríamos decir, si bien la expresión no es ni mucho menos correcta, que está medio muerto. Porque su otra mitad, su Mr. Hyde, esa especie de demonio que todos nosotros llevamos dentro, ocupa ahora su cuerpo mortal y puede actuar a su antojo, sin que le obstaculice ningún tipo de reparo moral o ético.

Y esa maligna mitad del judío, continúa aún entre nosotros, en el mundo de los vivos, y se halla al servicio de una oscura causa.

—Lo que no comprendo —intervino Lilith, tomando la palabra— es lo que dijo Klein acerca de que su cuerpo debía ser destruido.

—Sí. Lo que dijo fue exactamente lo siguiente: «Mi cuerpo debe ser destruido para que Cthulhu no pueda...» No es difícil deducir lo que quería decir. Cthulhu, o como quiera que llamemos al poder que le utiliza para sus peligrosos fines, se sirve de su parte maligna mediante su cuerpo físico. Si este cuerpo es destruido, el resto de su «Yo» que todavía vive en él, se vería obligado a abandonarlo, dándole así a su alma la tranquilidad que desea. Mientras esto no suceda, permanecerá en un estado de transición que me imagino debe ser mil veces peor que el propio infierno.

—De acuerdo —dijo Lippman—. Pero supongamos que conseguimos dar con el judío y le matamos. ¿De qué nos serviría? Según tengo entendido, ese Lovecraft está de moda en todo el mundo, y supongo que detrás de los hechos particulares que nosotros estamos investigando, no se halla únicamente un judío viejo y loco, sino que se trata de una confabulación. Como mínimo debemos enfrentarnos a una secta de fanáticos, si no a algo más importante, y ni siquiera sabemos cuál es su magnitud.

—Lo comprendo, inspector. Pero, de momento, nuestro deber no es dismantelar esa presunta confabulación, sino únicamente encontrar a Isaac Klein y exterminar lo que queda de él, para que pueda realmente descansar en paz. Por otro lado, todo lo demás son suposiciones sin fundamento.

Fue Lilith quien intervino ahora en la conversación.

—Pero tal vez si logramos encontrar a Klein, él sea el cabo del hilo que pueda conducirnos al resto de la organización.

—Es una hipótesis —corroboró Langford—, pero nada más que eso. Lo único que sabemos es que alguien le está utilizando para unos oscuros fines.

Los tres se quedaron en silencio, meditando sobre todo lo que habían estado hablando.

Fue el joven parapsicólogo el que rompió de nuevo el silencio.

—Según mi modo de ver las cosas, lo mejor que podemos hacer de momento, es limitarnos a buscar a Klein. Luego ya veremos lo que vendrá detrás.

—Está bien —aceptó el inspector—. Pero eso está dicho enseguida. Sin embargo no es tan sencillo dar con él.

—Eso es lo que usted cree, inspector —dijo Langford con una sonrisa enigmática en los labios—. No cuenta con que hasta ahora le creíamos muerto. Pero ahora sabemos que está vivo, en alguna parte de este planeta, y que los restos carbonizados que se encontraron en la

tienda de antigüedades eran los de un pobre desgraciado que fue utilizado para que Klein tuviera libertad de movimientos, mientras nosotros le creíamos muerto.

—Sí, eso es cierto. Pero no veo cómo le vamos a encontrar...

—Es bien sencillo, ¿verdad? —dijo el parapsicólogo, ensanchando su sonrisa e intercambiando una mirada de complicidad con Lilith—. ¿Para qué sirve si no la radiestesia?

Capítulo 7

N

O, no, por piedad! No diré nada, no diré nada... ¡Pero no me hagas eso, gran Cthulhu...!

Isaac Klein se incorporó violentamente en el diván. Su cuerpo se hallaba inundado por un sudor frío y viscoso, y cada uno de sus músculos era sacudido por espasmos que parecían producidos por una descarga eléctrica de alto voltaje.

Se pasó las manos por los ojos y se quedó con la mirada perdida en el infinito, como anonadado. Su corazón dejó de golpearle brutalmente en el pecho y su pulso fue recuperando el ritmo normal.

Se levantó y se sirvió un *whisky* largo que consumió de un solo trago.

Luego abandonó el confortable apartamento subterráneo y se dirigió hacia la sala del ordenador.

Encontró a Malcolm sentado ante la consola de mandos, pero no estaba trabajando. Tenía los ojos abiertos e inmóviles. Parecía estar sumido en un profundo trance, pues ni siquiera se inmutó cuando el judío le pasó la mano por delante de los ojos.

—Malcolm —le llamó—. Malcolm, ¿no me oye? Malcolm. ¡Malcolm!

Por fin pareció reaccionar y fue recobrando el conocimiento. Miró al judío con dureza, casi con odio.

—¿Qué le pasa ahora, judío del demonio? ¿Por qué ha venido a molestarme?

—Es que he tenido un sueño espantoso. Una pesadilla —explicó Klein atropelladamente—. Soñé que un ser monstruoso me agredía, pero en realidad era como si no fuese yo realmente el atacado y solo me limitase a observar una escena ajena a mí. ¡Uf! Fue espantoso... y, además, tan real...

Malcolm enseñó una sonrisa irónica.

—Sí, ya sé, ya sé. Olvídese de ello.

Desapareció su sonrisa. Se levantó y empezó a pasearse con lentitud por toda la sala.

—Por cierto. También yo tuve un... «sueño». Pero este es mucho más importante para nosotros. Alguien ha descubierto que el cadáver que fue hallado en la tienda de antigüedades no era el suyo, sino el de su amigo ruso. Ese alguien anda ya tras nuestra pista, y es un enemigo a

tener muy en cuenta. Por el momento, he logrado dominar, la situación, pero es esta una victoria pírrica que no le detendrá por mucho tiempo. Es decir, Isaac, que tendremos que acelerar nuestros planes. Tenemos menos tiempo por delante del que nos creíamos.

—Oiga, y cómo sabe usted todo eso sí...

—¿Ha olvidado acaso que no hace falta que abra los labios para que yo sepa lo que está pensando?

—Sí, claro —admitió Klein, atemorizado por el tono que había empleado en sus palabras el enigmático hombre de negro.

—Bien. Y ahora ha llegado el momento en que usted va a prestar sus servicios a la Causa.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que he de hac...?

Antes que tuviera tiempo de darse cuenta de nada, fue abatido por un certero golpe de kárate aplicado en la nuca.

—Ya lo verá, amigo. Ya lo verá —dijo Malcolm mientras el cuerpo del judío caía pesadamente al suelo.

★ ★ ★

El péndulo oscilaba lentamente sobre el mapamundi que había extendido sobre la mesa. Lilith lo sujetaba por el extremo de la cadena, asiéndolo suavemente entre los dedos anular e índice. La muchacha se hallaba profundamente concentrada. Sus ojos permanecían cerrados.

Cuando la mano de la joven psíquica planeaba sobre los Estados Unidos, el péndulo varió su trayectoria y comenzó a describir círculos concéntricos.

—No ha salido del país —dijo Lilith con voz ronca.

—Bien. Veamos dónde hemos de buscarle.

Langford extendió un nuevo mapa sobre la mesa. Este, del mismo tamaño que el anterior, era de Norteamérica.

De nuevo volvió el péndulo a su recorrido, hasta señalar un lugar cercano a Boston.

—Está por aquí —dijo Lilith.

—¿No puedes saber concretamente en qué lugar? —preguntó el parapsicólogo.

—No... no puedo, lo siento.

—Lástima no tener un mapa de la zona —se quejó Langford—. Aunque espera, Lilith, sabiendo ya más o menos el sitio, ¿no podrías concretar mediante la psicometría?

—Podemos intentarlo —respondió la muchacha.

El joven le entregó un botón de una camisa que perteneció a Isaac Klein.

—¿Tendrás suficiente?

—Si con esto no resulta, no resultará con nada. Veamos.

La joven apretó el pequeño botón en la palma de la mano, cerró los ojos y se concentró de nuevo.

—Sí, veo algo —dijo, transcurridos unos minutos—. Veo un lugar, cerca de Boston. Es un paraje desolado; hace años que la gente dejó de transitarlo. Parece... sí, es un cementerio. Las losas de piedra gris se yerguen sobre la tierra húmeda y oscura.

Silencio.

—Veo una tumba. Una lápida. Y en ella un nombre. Howard Phillips Lovecraft.

William Langford le colocó una mano sobre el hombro.

—Ya es suficiente, Lilith.

—¿Sabes dónde está?

—Sí. El lugar que acabas de describir no es otro que Swan Point, el viejo cementerio en el que se hallan sepultados los restos de Lovecraft.

El inspector Lippman se levantó. En sus labios lucía una sonrisa de incredulidad.

—Bueno, bueno. Será mejor que no nos precipitemos. Objetivamente, es inadmisibile aceptar esto así, de buenas a primeras. No puede ser tan sencillo dar con él. ¿De qué serviría entonces la policía, si fuese tan fácil encontrar al hombre a quién se busca? Además, es absurda esta historia. ¿Qué haría un viejo judío al que todo el mundo cree muerto, en un cementerio semiabandonado?

—Vamos, vamos, inspector —le atajó duramente el joven—. Creo que ha visto ya lo suficiente como para dejar atrás su estúpido escepticismo, ¿no le parece?

El aludido no respondió, pero se esfumó su sonrisa al recordar los hechos transcurridos durante la sesión.

—Será mejor que no intente racionalizar lo que todavía no tiene una explicación científica y actuemos antes que sea demasiado tarde. ¿Qué me dice?

—Está bien —accedió el policía de mala gana—. De acuerdo, de acuerdo. Usted gana, Langford, pero espero no tener que arrepentirme de haber tomado esta decisión.

La mañana era fría y gris. Las grandes nubes de nieve se movían con lentitud de Este a Oeste.

El coche en que viajaban el policía, el parapsicólogo y Lilith había dejado atrás Connecticut y circulaba a gran velocidad por la autopista que atravesaba Rhode Island, devorando kilómetro tras kilómetro.

Pasó a la altura de Providence y siguió camino hacia el Norte, en dirección a Boston.

—Ya falta poco —anunció Lilith, consultando un mapa de

carreteras que tenía extendido sobre las rodillas.

Langford era quien conducía, y el inspector Lippman dormitaba en el asiento trasero.

Cuando llegaron a Swan Point y el coche se detuvo junto a un muro lateral del viejo cementerio, empezaron a caer diminutos copos de nieve sobre el parabrisas.

—¡Qué inoportunidad! —se quejó Lippman—. Ni que el cielo hubiera aguardado nuestra llegada para soltar su carga.

Lilith permaneció inmóvil, con el ceño fruncido, mirando nerviosamente por la ventanilla.

—¿Qué sucede? —le preguntó Langford, que de inmediato se percató de su recelosa actitud—. ¿Has captado alguna cosa?

—No... No sé... No es nada concreto. Solo como una sensación... de peligro... y repugnancia. Es algo inexplicable, pero que no carece, ni mucho menos, de entidad real.

—Sí, yo también noto «algo» —corroboró Langford con cierta preocupación.

El inspector Lippman carraspeó, y el parapsicólogo no hubo de mirar por el espejo retrovisor para saber que estaba sonriéndose.

—Ominoso. Esa es la palabra. Es una sensación que me recuerda un relato de Lovecraft que leía en mi adolescencia y que me dejó una huella imborrable: «La sombra sobre Innsmouth». El protagonista llegaba a un pueblecito costero, Innsmouth, todos los habitantes del cual eran una mezcla híbrida e impía de peces y hombres. Él no sabe nada hasta el final, cuando ya es demasiado tarde, pero a lo largo de todo el relato percibe algo en la atmósfera del lugar que le repugna profundamente, algo intangible y ominoso. Jamás comprendí tan bien como hasta este momento el especial significado que esta palabra tenía para Lovecraft.

—Ya —dijo el parapsicólogo con el semblante ensombrecido—. Has mencionado también algo de peligro...

—Sí. Es también una sensación de peligro. Sin duda alguna. Lo mejor que podríamos hacer en este momento sería dar media vuelta y volvernos para Nueva York.

—Ustedes harán lo que deseen —dijo el inspector Lippman—, pero lo que es yo no pienso volverme atrás precisamente ahora.

—Ni nosotros tampoco, inspector —le cortó Lilith—. Yo solamente les contaba lo que me dice mi sexto sentido, en el cual, por otro lado, tengo una enorme confianza.

—Por supuesto que no vamos a volvernos atrás ahora —intervino Langford—. Llegados a estas alturas, inspector, este caso nos interesa tanto o más a nosotros, que a usted mismo. Aunque hay otra cosa, y eres tú, Lilith. No sé si será muy conveniente que sigas adelante...

—Oh, olvídate de eso. Si vas tú a entrar en ese cementerio para ver

lo que hay dentro, Will, entraré también yo.

—Estoy de acuerdo con él, señorita —dijo el policía—. No creo que debamos ponerla en peligro sí, como usted misma ha dicho, eso es lo que nos aguarda.

—Iré con ustedes y no se hable más. Y puede que vayan a necesitar me. Tú bien lo sabes, Will.

—Lo sé. De acuerdo entonces. Veamos ahora qué es lo que vamos a hacer.

—En primer lugar, entrar en el cementerio y echar un vistazo. Eso ante todo. Luego, buscar la famosa tumba de Lovecraft —dijo el inspector Lippman, abriendo la portezuela del coche y saltando al exterior.

Langford y Lilith le imitaron.

—No obstante, creo que antes de entrar deberíamos, adoptar alguna medida de seguridad —objetó Langford.

—Mire, no creo que nos pase nada. Y, por si pasara, yo ya me he prevenido. Sobre la mesa de mi despacho he dejado un sobre lacrado, en cuyo interior se halla el nombre de este lugar y el motivo que nos ha traído aquí. Si antes de veinticuatro horas no he telefonado anulando la orden, el sobre será abierto y en menos de lo que se tarda en decirlo tendremos todos los alrededores infestados de policías.

El inspector había empezado a andar, dándose importancia y desapareció por el ángulo que formaba la tapia del cementerio, dirigiéndose hacia la puerta de entrada.

—Creo que obramos demasiado precipitadamente —dijo Langford—, pero la verdad es que no sabemos el tiempo del que disponemos para esclarecer todo esto. Será mejor que le sigamos y que Dios nos ayude.

Y echó a andar tras del policía, seguido de cerca por Lilith. Lippman les aguardaba delante de la gran portalada de hierro forjado.

—Espero que no esté cerrada —dijo, empujando con fuerza. Esta, efectivamente, no se hallaba cerrada. Cedió sin oponer ninguna resistencia, giró suavemente sobre sus goznes y, llevada por el impulso que le había aplicado el inspector, fue a golpear la pared, produciendo un gran estrépito—. Vaya, estaba abierta. ¿Me siguen?

Sin esperar respuesta, cruzó el umbral con paso decidido.

—¡Un momento! —exclamó Langford.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Lippman, dando media vuelta.

—¿Es que no se ha dado cuenta, inspector? Esta puerta rezuma herrumbre por todas partes, y su apariencia es la de no haber opuesto resistencia alguna y, lo que es más curioso, sus goznes no han emitido ni un solo chirrido.

El inspector Lippman frunció el ceño y se le acercó.

—Tiene usted razón, es algo sospechoso, pero puede tener una

explicación perfectamente lógica.

—Sin duda alguna la tiene —corroboró el parapsicólogo—. Veamos si descubrimos algo.

Rodeó la pesada puerta de hierro y pasó un dedo por uno de los goznes que la mantenían unida a la pared. Lo sacó sucio, impregnado de una sustancia viscosa.

—Aceite —dijo, limpiándose el dedo con el pañuelo—. Esta puerta ha sido engrasada mucho más recientemente de lo que aparenta.

—Tal vez hay un vigilante que cuida el cementerio, o de vez en cuando viene alguien para...

—Esa sería una explicación lógica, pero creo, inspector, que usted está tan convencido como yo de que no es así.

—Conforme, pero tampoco es como para empezar a ver fantasmas en todas partes.

—Bien. Sigamos.

Los tres echaron a andar, oyendo cómo la grava del sendero principal crujía bajo sus pies, internándose en el viejo cementerio. Los cipreses parecían inclinarse a su paso, y mil ojos ciegos les miraban desde detrás de las lápidas de fría piedra gris.

Alguien, no muy lejos de ellos y a unos metros bajo el suelo, conectó un televisor de circuito cerrado. Una luz roja parpadeaba sobre la pantalla, y un zumbido salía de alguna parte.

—Hum... Veo que tenemos visita —dijo, colocándose unas gafas negras ante los ojos—. No serán bien recibidos, precisamente.

Se levantó lentamente con una sonrisa en los labios. Una sonrisa cruel.

Capítulo 8

C

ONTINUABA nevando, y a medida que la nevada crecía en intensidad, la niebla baja se hacía más y más espesa.

Cada vez se hacía más difícil divisar los cuerpos en la lejanía. La formación de cipreses que circundaba todo el camposanto se difuminaba ya entre la niebla, de tal modo que constituía un ejército de enormes gigantes borrosos, gigantes acechantes, anhelantes de la vitalidad perdida en el principio de la eternidad...

William Langford apartó los oscuros pensamientos que pululaban por su mente. La chica caminaba a su lado, muy cerca, asida fuertemente de su mano. El inspector Lippman iba unos pasos más adelante, examinando las dos filas de tumbas que se extendían a ambos lados del camino.

—¡La encontré! —gritó de pronto, deteniéndose ante una tumba que en nada se diferenciaba de las demás—. Aquí está, la condenada.

Los dos jóvenes se le acercaron y miraron la lápida de piedra con curiosidad. Bajo una luna globulosa, unas letras grabadas al cincel componían el nombre de Lovecraft. Debajo de estas, la fecha de su nacimiento y la de su muerte, ocurrida en febrero de 1937.

—Nada —dijo el inspector, sin poder ocultar su decepción.

—¿Cómo nada? —preguntó el joven.

—Pues eso. Nada. Una tumba exactamente igual que todas las demás. Con la única diferencia que en su interior reposan los restos de un escritor frustrado y medio loco que murió en la pobreza para que sus herederos literarios se enriquecieran a su costa.

—No sé, no sé... Ya lo veremos.

Langford se inclinó, apoyando una rodilla en la tierra húmeda. Pasó los dedos por el espacio que quedaba entre la losa y el suelo.

—Es extraño —dijo al tiempo que se levantaba, sacudiéndose la tierra del pantalón—. La lápida está perfectamente unida a la base que la sostiene, y no se halla unida con cemento, como sería de suponer. Más bien parece que encaje herméticamente.

—Ya estamos otra vez en lo mismo —se quejó el inspector Lippman—. ¿Es que en todas partes vamos a ver cosas raras?

—Oiga, inspector, estoy empezando a creer... —se interrumpió de repente, ensanchando los ojos y clavándolos en la losa de piedra—. ¡Miren!

La pesada lápida se había levantado ligeramente y empezaba a deslizarse hacia un lado, en sentido horizontal.

—¡Rápido! —ordenó Langford en un cuchicheo—. ¡Escondámonos detrás de aquellos matorrales!

La tumba del escritor norteamericano se hallaba casi al final del cementerio. Los tres se apresuraron cuanto era posible sin que la grava crujiera demasiado fuerte bajo su peso y se situaron detrás de unos matorrales que había junto a la tapia trasera. La pared quedaba a un palmo escaso de sus espaldas.

Desde donde se encontraban, acucillados para no ser vistos, gozaban de una buena posición para observar la tumba sin ser vistos desde allí.

Permanecieron unos minutos en tenso silencio, sin que nada ocurriera. El inspector había sacado de su bolsillo un revólver de reglamento y estaba comprobando que el tambor estuviese bien lleno de balas.

Langford le indicó mediante un gesto que no hiciera tonterías y que permaneciera al acecho.

Cuando ya se estaban preguntando si realmente habían visto moverse la lápida o solamente lo habían imaginado, una cabeza asomó por la abertura.

Poco a poco, emergió completamente la alta figura negra de casi dos metros de altura. Una vez fuera, se detuvo y respiró con satisfacción el aire helado y puro del exterior. Luego giró la cabeza a un lado y otro, como para cerciorarse de que nadie le observaba.

Por un momento, Lilith sintió un par de ojos monstruosos mirando en su dirección, y sus uñas se clavaron en la mano del parapsicólogo como consecuencia de su esfuerzo para no gritar.

El enigmático hombre de negro extrajo de su bolsillo un pequeño objeto que ellos, dada la distancia a que se encontraban de la tumba, no pudieron ver, y volviéndose hacia esta, lo presionó con un dedo de la otra mano enguantada.

Pudieron ver perfectamente cómo la lápida volvía a ponerse en movimiento y regresaba a su posición inicial.

Hecho esto, el hombre se dio media vuelta y echó a andar tranquilamente hacia la salida del camposanto.

Se detuvo un momento y depositó el extraño aparato dentro de un jarrón de vidrio lleno de flores de plástico que se encontraba sobre una tumba vecina de la de Lovecraft. Luego siguió su camino y su silueta fue difuminándose entre la niebla hasta desaparecer por completo.

William Langford indicó a sus compañeros que permaneciesen quietos. Durante unos minutos que se hicieron interminables no se movieron casi ni para respirar.

—Parece ser que se ha ido —dijo al fin el policía.

—Eso parece —respondió Langford incorporándose y estirando sus brazos para desentumecer los músculos.

—Cinco minutos más en esa posición y me parece que nos hubiéramos convertido en estatuas de hielo —se quejó la muchacha.

—Debemos estar bajo cero —dijo el joven, observando el vapor que salía de sus fosas nasales.

—Bueno —intervino Lippman—. ¿Qué les parece si intentamos entrar en ese antro?

Lilith notó que un escalofrío le recorría toda la espina dorsal y se arrepintió de no haber hecho caso antes a Will quedándose en el coche, pero no se iba a echar atrás ahora.

—Un momento —dijo Langford, dirigiéndose hacia el lugar donde el misterioso Malcolm había depositado el objeto.

Cuando regresó, la chica y el inspector Lippman le aguardaban junto a la tumba de Lovecraft.

—Parece un activador de control remoto —dijo, enseñándoles la pequeña cajita metálica.

Nada tenía de particular, excepto un botón rojo en uno de sus lados y unas letras debajo del mismo: «Push».

—Veamos qué sucede.

Langford apretó el botón, y de inmediato la pesada losa volvió a desplazarse a un lado, dejando al descubierto el nacimiento de las escaleras que conducían al moderno complejo subterráneo. Abajo se veía la luz fluorescente, hecho que les defraudó en realidad, en lugar de animarles, pues no esperaban algo parecido.

—Entramos, ¿no? —les instó el policía—. Puede ser que el tipo que acaba de irse regrese pronto, y no sería conveniente que nos encontrara dentro.

—¿Y no podría ser que todo esto se tratara de una trampa que nos han tendido? —preguntó Lilith con un hilo de voz—. Cuando salió ese... hombre, tuve la sensación por un momento de que nos miraba.

—Imaginaciones suyas —objetó Lippman—. Lo único que hizo fue mirar a su alrededor para ver si había alguien por aquí. Nada más.

—Está bien, entremos —dijo Langford—. Lilith, no te apartes de mí en ningún momento. Y usted, inspector, será mejor que vaya delante con el revólver bien dispuesto.

—De acuerdo —dijo el aludido introduciéndose en el agujero y empezando a bajar los escalones de cemento.

Los dos jóvenes le siguieron y, una vez dentro, Langford presionó de nuevo el botón rojo y la losa volvió silenciosamente a su posición, dejándoles aislados del exterior en un mundo hostil y desconocido.

—Espero que podamos volver a salir —musitó Langford, guardándose la caja metálica en el bolsillo de la americana.

—Saldremos —le aseguró el inspector, un par de escalones más

abajo—. Por las buenas o por las malas, saldremos.

Los tres intrusos llegaron al final de la escalera y se sorprendieron ante el pasillo aséptico y bien iluminado.

—Echemos un vistazo antes que vuelva el individuo ese que ha salido —dijo Lippman, dirigiéndose hacia la primera puerta de la derecha.

—Debemos ir con mucho cuidado, inspector —le recordó Langford—. No olvide que a quién buscábamos en realidad era a Klein, y el primero que hemos visto era un desconocido. Podría tratarse de una especie de cuartel clandestino de esa supuesta organización de la que hablamos.

—Lo sé, pero dudo que en este lugar haya mucha gente. Un excesivo tránsito en este cementerio podría llamar la atención de alguien, y eso no les interesaría. Puede que haya, como mucho, tres o cuatro personas más, y en ese caso mi revólver les hará entrar en razón. Además, contamos con el factor sorpresa.

—Esperemos que así sea. No me gustaría que esta falsa tumba se convirtiese en la nuestra.

El inspector se había acercado a la puerta que correspondía al apartamento habitado por el judío.

—¡Maldición! —exclamó—. Esta puerta no tiene cerradura ni nada que se le parezca.

—¿A ver? —Langford la inspeccionó minuciosamente y luego se fijó en la placa de plástico que había adosada a la pared, junto al marco de la puerta—. Ya comprendo. Debe abrirse mediante algún procedimiento electrónico.

Golpeó ligeramente la superficie de plástico con los nudillos. Recorrió sus contornos con los dedos, presionando en diversos puntos, pero nada sucedió. Por último, dándose por vencido, extendió el brazo y se apoyó en ella con la palma de la mano, dejando que el peso de su cuerpo recayera sobre esta.

—Nada, no hay manera...

Sus palabras fueron interrumpidas por el siseo que produjo la hoja metálica de la puerta al correrse.

—Vaya —exclamó con sorpresa—. Sonó la flauta por casualidad. ¿Entramos?

—Entremos —respondieron a coro el inspector Lippman y Lilith, cogiendo la mano del parapsicólogo esta última, sin poder disimular el miedo que empezaba a apoderarse de ella.

—No está nada mal, ¿eh? —dijo el policía, recorriendo la pieza principal sin perderse detalle—. Lástima que esto no se encuentre junto a una cala solitaria en Florida. De ser así no me importaría lo más mínimo vivir aquí.

—En efecto, no está nada mal—. Langford y la muchacha se habían

acercado a unos estantes adosados a una de las paredes laterales, donde reposaban algunos libros y pequeñas piezas de arte africano. Hum... —dijo el joven, examinando algunos de los títulos—. Lo mejor de lo mejor en Ocultismo: el «Curso de filosofía oculta» de Eliphas Levi, «El libro de Henoch», «La magia de Arbatel» de Cornelio Agrippa, «Las bodas químicas de Christian Rosenkreutz», «La Gran Obra» de Grillo de Givry. Están prácticamente todos: las obras de Hermes, Zoroastro, Salomón, Cipriano, Simón el Mago, Alberto el Grande, Paracelso, Nicolas Flamel, Cagliostro, Fulcanelli, Gurdjieff, Hanussen, Crowley... ¡Y las obras completas de H. P. Lovecraft!

Langford tomó una gruesa carpeta de cuero que había junto a los libros de Lovecraft y la abrió, soltando una exclamación de sorpresa.

—¡Santo Dios! Son manuscritos de algunos relatos y novelas de Lovecraft. Estoy viendo que no se trata solamente de un grupo de fanáticos. Aquí hay algo más importante y profundo... y peligroso.

Al devolver de nuevo la carpeta a su lugar se percató de que entre los libros y la pared del fondo quedaba un espacio vacío, lo suficientemente ancho como para guardar allí algo que deseara esconderse.

—Hum... —murmuró—. Veamos si hay algo más.

Retiró un grupo de libros de alquimia y, en efecto, detrás de estos relució la superficie pulida de una caja de ébano. El parapsicólogo la extrajo de su emplazamiento, sorprendiéndose de su peso considerable. La abrió y las negras tapas de piel aparecieron ante los ojos asombrados de los tres.

—Esto... esto sí que... —dijo el joven, emocionado, sin poder apartar los ojos del antiquísimo libro—. Es, ni más ni menos, el «Necronomicón».

Pasó las páginas de pergamino amarillento con suma delicadeza, fijándose con especial atención en los brutales grabados que lo ilustraban.

—No me cabe la menor duda. Es auténtico. Un libro que durante tantos años ha sido buscado por unos y negado por otros... De salir a la luz pública este volumen, causaría auténtica sensación en el mundo de los bibliófilos y los ocultistas.

—Está bien —le atajó Lippman—. Si tanto le interesa ya volveremos luego a por él, pero no podemos perder el tiempo aquí.

—Es cierto —reconoció Langford—. Lo siento, pero este descubrimiento me ha causado profunda emoción.

Cerró la caja de madera negra y la depositó de nuevo en su lugar de emplazamiento.

—Veamos qué es lo que hay en las demás puertas —señaló el inspector—. Parece ser que aquí no hay nadie.

Salieron al pasillo. La puerta del apartamento permaneció abierta, y

por más que Langford presionó la pantalla de plástico no consiguió cerrarla.

—¿No oyen? —preguntó Lilith de pronto.

—¿El qué?

—Una especie de zumbido. Parece que viene del final del pasillo.

En efecto, del fondo del corredor procedía aquella especie de zumbido eléctrico, en el que ni Langford ni el inspector habían reparado hasta aquel momento.

—Pronto sabremos de qué se trata —dijo Lippman, echando a andar hacia aquella dirección, con el revólver por delante.

Los dos jóvenes le siguieron. Una vez hubieron doblado el recodo que formaba el pasillo, divisaron al fondo la puerta abierta que daba a la sala del ordenador.

—Cuidado —advirtió Langford en un siseo.

Con sumas precauciones, los tres entraron en la sala, pero esta se hallaba desierta.

—Una terminal —observó el parapsicólogo—. Un enorme y costosísimo complejo cibernético. Esto parece ser un centro de recepción de datos.

El zumbido procedía de un aparato de télex que había en un rincón de la gran sala. Lilith se dirigió hacia allí.

—¡Eh! —exclamó—. Vean esto.

El télex se hallaba funcionando. El texto que en él iba apareciendo decía así: «Los Ángeles. Misión cumplida. Vamos para allá; llegaremos alrededor de mediodía».

El aparato se quedó silencioso durante unos segundos y luego volvió a ponerse en funcionamiento. Esta vez el mensaje era muy similar al anterior: «Moscú. Todo a punto para la Gran Entrada. Allá vamos».

—Hum... —murmuró Langford—. Mucho me temo que hemos llegado en el momento crítico de la operación... eso suponiendo que no sea demasiado tarde.

—¿Qué es eso de la Gran Entrada? —inquirió Lippman.

—Me gustaría equivocarme, pero creo saberlo. Ya sabe usted el tema central alrededor del cual giraban las obras de Lovecraft: una civilización protohumana que fue expulsada del planeta por sus prácticas negras y que aguardan «más allá del espacio y del tiempo» el momento oportuno para regresar a la Tierra y restablecer su hegemonía. Pues según todos los indicios, se trata como suponíamos de una organización, si no mundial, si de gran importancia, el objetivo de la cual no es otro que el de abrir las puertas, preparar el regreso de esos seres.

—Pero no creerá usted esas necedades, ¿verdad? —enarcó las cejas el inspector.

—No le responderé que sí, pero tampoco lo negaré. Mire, inspector. A lo largo de mi vida he asistido a misas negras, a sesiones iniciáticas de todo tipo, a rituales vudú en las islas del Golfo de México. Y puedo asegurarle que nada hay más cierto que aquellas palabras de Hamlet a Horacio sobre que había más cosas en el cielo y en la tierra de las que él jamás podría soñar con su filosofía. Y, de todos modos, las actividades criminales de esta secta son lo suficientemente graves como para permitirles que continúen con ellas...

—Pues lo siento mucho, caballeros, pero vamos a tener que impedirselo.

Los tres giraron en redondo. El umbral de la puerta que daba al pasillo estaba ocupado por Malcolm y cuatro tipos más. Malcolm les observaba divertido desde la profundidad de sus gafas negras, y los otros cuatro individuos, vestidos de uniforme militar, les apuntaban con sus fusiles del tipo M-16.

—Inspector Lippman, será mejor que tire ese juguete y no intente oponer resistencia. Me desagradaría profundamente provocar una masacre con unas personas como ustedes. He de reconocer que lo han hecho muy bien hasta ahora, pero esto ya se acabó y ustedes han perdido la partida. Lo siento.

Lippman hizo caso omiso de la advertencia de Malcolm y continuó apuntándole con el revólver. Este, sin inmutarse, siguió mirando al policía, sin pronunciar una palabra. Al cabo de unos segundos, Lippman soltó el arma, lanzando una exclamación de dolor.

—¡Me ha quemado! ¡Si no la suelto, me abrasa la mano!

—Lo siento —replicó Malcolm—, pero si no hacen lo que yo les ordene, me veré obligado a utilizar medios más expeditivos.

—¿Quién es usted? —preguntó Langford, intentando mantener la serenidad—. Parece ser el jefe de todo esto.

Lo soy, en efecto. Pero no puedo decirles quién soy, y aunque se lo dijera, no me creerían.

Lilith tuvo un sobresalto. Una idea macabra había pasado por su mente, pero no pudo saber de qué se trataba. Había sido como el vuelo de un pájaro, que había pasado rápidamente, sin dar lugar a un reconocimiento.

—Dígame pues qué es lo que tiene que ver Lovecraft en todo esto —insistió el parapsicólogo—. Por el atuendo que visten sus amigos, más parecen un comando preparado para intervenir en El Salvador que una secta más o menos mística.

—Lovecraft fue un genio, aunque nadie se haya atrevido a reconocerlo —dijo Malcolm con énfasis, impregnando por primera vez sus palabras de un sentimiento humano—. Y nosotros, sus devotos seguidores, no hemos hecho más que continuar la tarea que él inició.

Lilith recibió una nueva impresión telepática, esta vez mucho más

intensa que la anterior.

Malcolm, que sin duda se dio cuenta de ello, giro la cabeza y sus ojos taladraron a la muchacha. Una dramatización se formó en su mente. Se trataba de una escena de amor, llevada mucho más allá del platonismo griego. Una relación incestuosa, solo permisible en la ficción literaria, que había provocado a la Naturaleza, que se había materializado en una vieja mansión de la Providence de principios de siglo...

—¡No...! —exclamó Lilith—. Eso no... no es posible... no puede ser cierto.

—Lo es —aseguró Malcolm—, y las leyes genéticas de la naturaleza humana lo demuestran...

Pronunciando estas palabras, con gesto rápido se arrebató las gafas negras, mostrando sus ojos por primera vez.

—... Pero las Leyes de los Antiguos son muy distintas.

Lilith no resistió por más tiempo y se hubiese derrumbado en el suelo de no ser porque Langford la sujetó a media caída.

Malcolm les miraba fijamente a través de unos ojos completamente blancos, de iris albino, con unas pupilas oscuras y diminutas que despedían reflejos rojizos. Era el primer síntoma de la degradación de una raza, el primer castigo de la naturaleza al ser violada en sus leyes más fundamentales.

—Son ustedes unas personas privilegiadas. Cualquier científico del mundo daría diez años de su vida por ver lo que tienen ustedes ante sus ojos. El primer paso hacia el hombre perfecto, el primer eslabón que habría de hacernos tan perfectos como los Antiguos, nuestros antecesores en la hegemonía del planeta.

—¿Y qué fue de Isaac Klein? —preguntó Langford, recordando el motivo que les había llevado a meterse en aquel tenebroso asunto.

—Él no es más que un medio, una herramienta de trabajo. Los Antiguos no pueden regresar al mundo en su forma física. Tan solo su mente puede rebasar las fronteras del espacio-tiempo, y para ello necesitan un receptáculo humano que les esté aguardando. Klein pasará a la historia como el primer humano que prestó su cuerpo a uno de los «Amos», al «Amo», al Gran Cthulhu. Fue escogido por su inteligencia y, sobre todo, por su raza. Algunos creyeron ver en la raza aria la heredera de la Antigua Tradición, pero estaban completamente equivocados. Los auténticos herederos son los semitas. Ellos son, realmente, el pueblo escogido, pero no en el sentido cristiano de la expresión, como usted bien comprenderá.

—En efecto.

Entretanto, Lilith había ido recuperando el conocimiento.

—Sígame, si desean verle. Está aquí.

Los tres avanzaron, siguiendo los pasos de Malcolm, que había

vuelto a colocarse las gafas negras ante los ojos. Los cuatro esbirros se colocaron detrás suyo, apuntándoles con los cañones amenazantes de los M-16. Sus movimientos eran lentos y estandarizados. Actuaban como autómatas, más que como hombres de carne y hueso. Este detalle no escapó a la aguda percepción del parapsicólogo.

Malcolm les introdujo en una de las puertas que había en la pared izquierda del pasillo. Se trataba de una gran sala que recordaba lejanamente un quirófano.

Sobre una camilla se hallaba el cuerpo del viejo judío. El único movimiento que había en él era el lento subir y bajar de la caja torácica, al ritmo de la relajada respiración.

Gran cantidad de electrodos se hallaban conectados a su cabeza, unidos por el otro extremo a un extraño aparato plagado de lucecitas parpadeantes.

—Ahí le tienen —dijo Malcolm—. Preparado y a punto para recibir al Gran Espíritu. Un momento histórico —consultó su reloj de pulsera— que se producirá dentro de pocas horas.

—Está usted equivocado —replicó Langford, provocando la sorpresa de sus dos intimidados compañeros—. Nosotros hemos venido a ayudarle a recuperar la paz que nadie puede negar a un muerto, y lo haremos, por mucho que a usted le pese.

—No se atreverán... Ustedes no pueden hacer nada.

—Lo haremos —dijo el joven, acercándose al cuerpo inerte del judío.

—¡Alto! —aulló Malcolm.

—¡Langford, no cometa estupideces! —gritó el inspector—. Pueden dejarnos fritos en una décima de segundo.

—No, inspector. Se lo demostraré. Tengan bien en cuenta —dijo, dirigiéndose a Lilith y al policía—, que, pase lo que pase, estos esbirros no pueden hacernos el menor daño. Esto es muy importante. Deben convencerse de que nada pueden contra nosotros, puesto que no tienen entidad real.

—¡Cállese! —gritó Malcolm, perdiendo la serenidad de que había hecho gala hasta entonces.

El parapsicólogo se volvió y dio un paso hacia los individuos uniformados y armados.

Estos levantaron sus fusiles y antes que ni Lippman ni la chica tuvieran tiempo de detener al joven, los M-16 comenzaron a disparar con un tecleto ensordecedor.

El ruido cesó al cabo de unos segundos, y Langford continuaba de pie, con una sonrisa en los labios, mirándoles irónico.

Se acercó a uno de ellos e intentó cogerle el arma. Su mano atravesó el vacío. Dirigió un puñetazo al estómago de otro y su puño no surcó nada más que el aire.

—Son meras formas mentales que él ha proyectado para mantenernos a raya. Sin duda alguna, tiene un gran poder mental, como demostró al hacer que usted soltara la pistola, inspector; pero no hay nada más que eso.

—Sí hay algo más —agregó Malcolm—. Olvidan ustedes que esto es una organización mundial. Comandos de todo el mundo están en estos momentos viniendo hacia aquí, y algunos de ellos no tardarán en llegar.

—Para cuando lleguen ellos, todo esto parecerá una concentración nacional de policías. Su juego ha terminado.

—No, William, todavía no han ganado.

Langford notó de inmediato una especie de bloqueo mental, una brutal embestida telepática que le habría dejado completamente anulado de no haber adivinado las intenciones del otro y haber cerrado su mente a cualquier influencia exterior. A pesar de esto, acusó el ataque y durante unos segundos permaneció como anonadado. Echando mano de toda su capacidad de concentración, contrarrestó el embate y consiguió devolverlo al centro emisor con energía redoblada.

Malcolm trastabilló, y poco faltó para que no sufriera una trombosis coronaria en aquel mismo momento.

Cayó y rodó por el suelo. Aunque estaba realmente deshecho mentalmente, aún consiguió extraer de su bolsillo un aparato de control remoto y activarlo.

—Todo esto... —dijo, con voz muy débil— volará por los aires. Si logran escapar, la Organización dará con ustedes y lamentarán lo que han hecho... Les esperaré en el infierno.

Langford se agachó e intentó levantar su cuerpo, pero no pudo dadas las grandes dimensiones de aquel hombre.

—¡Ayúdeme, inspector! Hemos de sacarle de aquí antes que todo esto se destruya.

—¡No tenemos tiempo! —gritó Lilith—. No sabemos cuánto puede tardar el mecanismo de destrucción. Debemos correr, o tal vez no lo contemos.

—Está bien —dijo el parapsicólogo—. Salgan ustedes. Tenga, inspector. Espero que consiga abrir la puerta —entregándole el aparato que activaba el mecanismo de la losa exterior de la tumba—. Corran, corran cuanto puedan. Huyan en el coche. Yo intentaré recuperar el «Necronomicón».

—¡No! ¡No, Will, por favor, no lo hagas!

—¡Está bien! Hubiese deseado cogerlo, pero tal vez no me diera tiempo. ¡Corramos!

Los tres corrieron hacia la salida como si en ello les fuera la vida. Y les iba. Aún no habían llegado a las escaleras cuando las luces comenzaron a parpadear y un creciente zumbido fue apoderándose del ambiente.

—¡Rápido, rápido! —gritaba Lippman—. ¡Esto se va al diablo!

Langford accionó el botón rojo y funcionó. Los tres salieron al exterior. La nieve caía con fuerza.

Corrieron con dificultad a través del camposanto. La capa de nieve les cubría hasta los tobillos. Tropezando y cayéndose consiguieron llegar hasta el coche.

Arrancaron a toda velocidad y, cuando aún no se habían alejado doscientos metros de la tapia del cementerio, una terrible explosión se oyó a sus espaldas.

Una lluvia de cascotes sobre el coche, rompieron el parabrisas y el cristal trasero, pero nada les ocurrió a los ocupantes.

—Vaya —suspiró Langford—. De buena nos hemos librado.

—Y que lo diga —apoyó sus palabras el inspector Lippman.

La chica sollozaba inconsoladamente, a punto de sufrir un ataque de histeria.

Langford la abrazó con fuerza. Los ojos de ella le miraron, y se besaron largamente.

—¡Oh, Will! ¡Qué terrible...!

—Vamos, vamos. Ya pasó todo. No debes pensar más en ello.

—¡Eh! ¡Miren eso!

El inspector había salido del coche y estaba mirando hacia el cielo.

Una sombra gigantesca se movía lentamente, tapando completamente la superficie del sol. En pocos segundos fue noche cerrada.

Violentos vientos azotaron la zona, y una terrible tormenta eléctrica descargó su ira sobre ellos.

Tras unos minutos de caos, todo pasó.

El mundo volvió a la normalidad.

—Será mejor que empecemos a inventarnos una explicación. No podemos decir la verdad —dijo Langford con un escalofrío—. Aunque nadie lo sepa, hemos hecho un gran bien a la Humanidad.

Tras la tormenta vino la calma. La batalla había sido vencida. De momento, nada iba a cambiar. El hombre continuaría dominando sobre el planeta, aunque sin saberlo había estado a punto de perder su mandato.

FIN

CONDORITO

REVISTA MENSUAL



**el primero
en humor**

¡PIDELO EN TU QUIOSCO!

Notas

[←1]

Expresión con que se designa al escritor H. P. Lovecraft. (N. del A.).